UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309334 9

J. M. VARGAS VILA.

J. M. VARGAS VILA.

CÓPOS DE ESPUMA.

357450
23. 11. 38.

NUEVA YORK.
BESTON & CO.
241-243 GREENWICH ST.
1894.

Copos de Espuma es el primer volumen de la serie **AMERICANAS** (narraciones selectas) por J. M. Vargas Vila y otros autores.

Copyright, 1894, by Geo. A. Beston.

Nueva York, 1894.

Amiga mia:

He aquí el libro.

Tal como lo has querido así está hecho.

El rumor del torrente alborotado, cuyo ruido te asombraba, se ha calmado para llegar hasta tí. El arroyo rumoroso con que soñabas está á tus piés. En las frondas de sus riberas y en las ondas azulosas vaga tu recuerdo.

Deseabas que apartándome un momento de la lucha constante en que me agito hiciera un libro así. Ahí lo tienes.

Lo que de poeta hay en el alma de todo hombre, del fondo de la mía lo evoqué para escribirlo.

Serenas son estas páginas, como escritas muchas de ellas á la luz sideral de tus pupilas, envuelto en los perfumes de tu aliento.

El amor, acariciando la cabeza indómita, decía: canta....! y el himno ya olvidado brotaba al labio; y recostándola sobre un seno querido decía: sueña!.... y soñaba! ¡Qué bien se sueña sobre el seno de la mujer amada!

¡Páginas tristes! Como aguas de ocultos manantiales brotaron de mi corazón y mi cerebro y van á murmurar en torno tuyo....

Álzate sobre tu pedestal, y permite que se refleje en ellas el sereno resplandor de tu belleza de diosa.

J. M. Vargas Vila.

ESTE libro ha sido soñado y vivido.

Tiene del esplendor de muchas lejanías....

En los paises del globo y en los de la fantasía tuvo su origen.

Páginas de subjetivismo doloroso forman su esencia. Como sierpe entre cármenes floridos vese el dolor por entre estos sueños míos.

COPOS DE ESPUMA son ligeros y frágiles; véseles sobre la onda azul y al ponerles la mano se deshacen....

Melancólicos y solos hanse ido mis pensamientos y mis recuerdos por estas páginas como buscando abrigo en los lugares desiertos de pasada historia.

Ni un eco de mis luchas hay aquí.

Mis quejas indignadas; mis anatemas, hijos de generosas cóleras; mis frases soberbias de amor desbordante á la libertad; el verbo vengador, hierro candente que marca y resplandece; el apóstrofe que vibra y aletea, duermen hoscos en el fondo de otros libros míos. ¡Hasta los gemidos de mis tristezas indómitas y de mis nostalgias sombrías callan aquí!

¿Por qué mutilo así este libro mío?

¿Por qué lo hago soñador y ligero, copo de espuma, ramo de anémonas pálidas, y no como mis otros libros, indignado y vibrante, desenfadado y luchador?

Este libro es hecho así porque es un homenaje.

Incienso y mirra y flores recién abiertas es la ofrenda que se lleva ante los altares de los dioses adorados.

No se busque, pues, en este libro la huella de mis luchas, porque se tropezará con la blanca estela de mis sueños....

Copos de Espuma

¡TARDE!

I

UANDO se la veía acompañando sus ancianas tías al templo, se admiraban aún los restos de su belleza enferma, que tenía la atracción melancólica de una tarde de invierno.

Su palidez doliente hacía pensar en los mármoles antiguos y envuelta en sus tocas negras semejaba una flor de cera sobre las hojas del monte, sus grandes ojos ne-

gros tenían una mirada oscura como esos estanques profundos rodeados de grandes árboles. Viéndola pensaba uno en las vírgenes enclaustradas de tiempos medioevales, en las trágicas leyendas de la santidad; en las maceraciones, en las castidades, en ese mundo de sueños y quimeras, en ese doloroso estado que la ciencia ha condensado en una palabra: *histerismo.*

Había nacido bella y lozana, como nacen las flores en el monte y los niños en el campo.

El soplo de la muerte que le arrebató á su madre cambió por completo su destino.

A los cinco años fué llevada á la capital á casa de unas tías de su finado padre y que por ende lo eran suyas; ancianas solteronas y piadosas, rígidas y aisladas, que llevaban una vida conventual en su antigua y fría casa de familia.

Desde que la pobre niña pasó bajo el ancho portal de piedra que parecía lamentar su perdido escudo y entró á aquella casa llena de inscripciones y de imágenes piadosas, en la cual se respiraba un aire de soledad y de claustro, donde el silencio era profundo, la paz siniestra, puede

decirse que el mundo real acabó para ella, y solo vivió en el mundo de los milagros, de la fantasía y de la fábula.

Su franca risa campesina fué reprendida, su charla infantil, gorgeo de pájaro en aquel desierto, fué severamente limitado, y desde aquel entonces sólo para la oración tuvo labios.

Bien pronto un nuevo mundo surgió de sus ensueños: no conocía más que el país ilimitado de la fábula.

Todas sus excursiones campestres fueron por las páginas de la Biblia, en los arenales de Palestina, allá á las orillas del Mar Asfaltite, en pos de las hordas vagabundas de los judíos. Inocentemente acompañó estas tribus bárbaras en su camino de depredaciones, de incendios, de saqueos, de adulterios y de vicios. Creía á Salomón sabio, á David santo, y ella incapaz de matar una mosca, adoró en la perversión de su criterio infantil el asesinato de Holofernes.

Sus sueños terroríficos fueron con los condenados escapándose de los fondos de pez hirviente, los muertos que salían de sus sepulcros escupiendo la hostia que habían recibido en pecado mortal, las metamórfosis del diablo

para tentarla, en fin, todas las espantosas narraciones con que asombraban su conciencia niña las *Pláticas del Padre Parra, del Padre Mazo* ó de cualquier otro narrador piadoso que lé leían antes de dormirse.

El *Año Cristiano* completó su educación. Desde entonces todos sus héroes y heroínas pertenecieron á la leyenda mística. Vivió en pleno sueño.

Pero su inocente admiración se concentraba especialmente en esos héroes hoscos y selváticos que huían del mundo y se refugiaban en la soledad, en esas vírgenes á quienes San Cipriano llamaba "las flores de la semilla eclesiástica," que huían con ellos del contacto del mundo.

San Antonio y sus tentaciones; San Pacomio, sus reglas y sus cilicios; San Macario, que estuvo sin comer siete años; San Eusebio, que se enterró en un lodazal con ochenta y seis libras de hierro en la cabeza; San Bezarión, que estuvo cuarenta años sin acostarse; San Dídimo, que estuvo noventa años sin hablar á nadie, y San Simón estilita que estuvo cuarenta años parado sobre una columna y renunció á ver á su madre moribunda por temor de

caer en tentación; esos eran sus héroes predilectos.

Santa Paula, abandonando sus hijos para seguir á Gerónimo al desierto; Santa Melania, llorando de contento porque la muerte de su marido y de sus dos hijos la dejan en un solo día libre para servir al Señor; Santa Margarita de Cotona, arrancándose el cuero de la cara para hacerse fea; Santa Gudula, viviendo con los leones; Santa Lucía, sacándose los ojos, eran las heroínas de su piedad exaltada. Así vivía en plena leyenda.

Sus sueños eran sueños de cenobita, aspiraciones al desierto. Su pobre pensamiento tendía las alas buscando el cielo. Á fuerza de ignorar los hombres, soñaba con los ángeles.

Pero la Naturaleza que se desarrolla no tiene cuenta con el místico arrebato y espolea y clava su aguijón.

Y así, cuando en noches ardientes la pobre joven sentía extremecimientos extraños, deseos immotivados de llorar, anhelos de extender sus brazos para abrazar á alguien, y veía pasar ante ella como desprendidas y mirándola, la cara del último predicador que había oído, la adolescente faz de un monaguillo, el rostro de San Luis Gonzaga,

de la iglesia vecina, la joven se defendía de las visiones, cerraba los ojos y cruzaba un brazo sobre la boca como para defenderse de besos invisibles y quería gritar como sintiendo que algunos brazos la tomaban; entonces apelaba á la vigilia, á la maceración, al rezo, y la luz del alba la hallaba con las pupilas abiertas, las huellas de la fiebre en la faz y la inmensa tristeza de algo desvanecido sobre la frente. Y, vencedora, macerada penitente se alzaba la pobre joven sobre las ruinas de sus sueños que eran las ruinas de su propia vida.

* * *

De su casa á la iglesia y de la iglesia á la casa, pasó los años de su vida.

El baile, la diversión, el amor, no se nombraban ante ella sino con tremendos anatemas. San Bernardo había dicho que el baile era la escuela del diablo. Sus heroínas no habían tenido más amor que el amor de Dios. Locas de su cuerpo, llamaba otro santo á las mujeres que amaban.

Así había pasado su vida sin oir murmurar de amor.

Había llegado á los treinta años y se había replegado

al seno de sus visiones. Ya no las rèchazaba. Eran los ángeles que venían á verla en premio á su castidad. Su amor era ardiente como el de Santa Teresa de Jesús á su esposo, solo que su erotismo no rebosaba en versos. Pero desde entonces sus pasados sueños la consolaban. Amaba y era amada ¿de quién? de celestes visiones, acaso de algún ángel.

Ya sus sueños eran tranquilos, se dormía sonriendo, envuelta en voluptuosos efluvios, acariciada por besos invisibles, y despertaba, macilenta, cansada, enferma. ¡Tristes amores con una sombra!

* * *

Cuando años después, habiendo enterrado la última de sus tías; sintiéndose sola en aquella casa desierta; temerosa por su reputación de vieja virgen, se retiró á su pueblo natal, á casa de unas primas suyas: el mundo era enteramente nuevo para ella.

No encontró el camino lleno de penitentes sino de honrados comerciantes que reían, bromeaban y decían palabras que no eran de escuela mística, en las rocas no halló

solitario alguno, ni añacoreta con báculo para mostrarle el camino, los pastores mofletudos y alegres, la miraban atrevidos, y no se les veía comer pasto con sus rebaños como aquellos que ella había visto citados en sus libros de santos, y en el pueblo las muchachas no hacían votos de castidad y antes bien, sus primas estaban locas por salir de tan enfadoso estado é importunaban á los santos con velas y novenas en solicitud de un novio casadero.

La vista de aquel pequeño mundo fué para ella como una revelación.

Comprendió que había placeres distintos del placer de la oración; que lo que se llamaba virtud podía ejercerse fuera del misticismo; que amar á los hombres no era un crimen. La conversación de sus primas la asombraba primero y la deleitaba después Sus pasiones petrificadas se derretían con aquel nuevo sol. En el fondo de la momia anticipada volvía á levantarse la mujer.

Cuando iba al baile con sus primas, sentada en un rincón, envuelta en su negro traje, aquella mujer sacrificada mirando la juventud desde la altura de sus treinta y cinco años, sentía la nostalgia del placer y de la vida.

Y era bella todavía, con la belleza soberbia y provocativa de ese último esplendor de la juventud y la belleza. De ello se apercibió un día en que su primo Luis, después de mirarla tiernamente, se lo dijo sin rodeos.

Y se aseguró de ello cuando pocos días después se vió al espejo vestida en un traje vaporoso y moderno, que la fuerza del clima le hacía llevar. La morbidez de sus contornos, la frescura de su cutis, la lozanía de su belleza conservada por los climas fríos, la hacían aun capaz de luchar con las jóvenes y languidecentes bellezas de ese clima ardoroso.

Desde entonces limitó la rigidez de sus vestidos, y solía hurtar una que otra flor de las que llevaba al templo, para colocarla sobre su seno, ó en las ondas de sus cabellos negros y lustrosos como el ala de un paujil.

No faltaron adoradores á su belleza moribunda, especialmente entre los muy jóvenes, que no sé por qué extraño fenómeno de voluptuosidad se sienten atraídos por estas frutas maduras prontas á caer del árbol.

Su primo Luis era de este número. Estudiante en vacaciones, atrevido, ardiente, voluntarioso, habituado á

tronchar en el amor, en el pueblo aquel, las espigas del campo y las flores del poblado, se sintió atraído hacia aquella virginidad conservada, aquella hermosura voluptuosa, aquella rosa que exhalaba su último perfume. Y puso sitio á la plaza.

Inocente como si tuviese diez años, aquella extraña criatura se sintió sorprendida.

Sus libros de leyendas no hablaban de santos que miraran así ni dijeran cosas tan dulces. ¡Además, era tan semejante al San Luis aquél de la iglesia cercana que había hecho el encanto de su niñez y los éxtasis de su juventud! El mismo rostro fresco y juvenil, los mismos ojos tristes, la misma sombra de la barba naciente, los mismos cabellos cayéndole en bucles sobre la frente.

No se defendía siquiera. Se dejaba adormecer por aquel himno que no había oido nunca y marchaba al abismo en brazos de la inocencia. De sus sueños se apartaron los ángeles sonrosados, las visiones queridas; no hubo más que él, con su rostro de San Luis, dominando sus ensueños.

* * *

Así, cuando aquella tarde, en las cercanías del pueblo, sentados sobre un anciano tronco, á la sombra de los árboles, ella acababa de leer el bello libro que él le había dado, novela llena de cuadros voluptuosos, historia de una pasión ardiente, con la imaginación llena de éxtasis amorosos, de frases amantes murmuradas al oido, sintió extremecimientos extraños, con la voz temblorosa por la emoción, y los ojos brillantes y húmedos, cerró el libro y contempló á su amante. Él no tuvo nada que decirla, le ciñó el brazo al talle, la trajo contra su pecho y, como con furia salvaje, la besó en los ojos, en las mejillas, en la boca, en la garganta, dondequiera que sentía la frescura de aquella piel que se ofrecía palpitante y perfumada á sus labios ardorosos. Ella había cerrado los ojos y se dejaba amar.

La noche avanzaba, de la tierra se alzaba una ola de calor que los enardecía, el olor de las plantas y las flores eran enervantes, la soledad los rodeaba, los árboles les formaban el misterio, allá lejos el horizonte violáceo, y en esa palidez, como un testigo lejano, destacándose la silueta del campanario de la aldea.

Sus bocas unidas y temblorosas, sus brazos enlazados como bebiendo la beatitud del placer, se hundieron en la sombra y el amor.

En tanto, la luna se alzaba perezosa detrás de las colinas, Venus lanzaba resplandores intermitentes á través del ramaje encubridor, y en el fondo del bosque parecían errar las vagas siluetas de las vírgenes de la leyenda, suspirando tristemente.

Amó como una leona con amor de fiera. Toda su voluptuosidad dormida despertó. No pobló de rugidos los bosques, sino de besos y murmullos aquellos campos queridos. Su amor fué un frenesí. Cansó el placer.

Cuando á los tres meses, su primo tuvo que partir y se halló sola, sin aquel amor del cuerpo en que para nada entraba el espíritu, sintió cólera y hastío, maldijo á las que así le habían hecho perder la juventud ; á las que, olvidándose que era mujer, la quisieron hacer ángel; á las que así le habían arrebatado la parte más preciosa de su vida.

Encontró triste y solitario el pueblo y volvió á la ciudad.

Por una resurrección del medio ambiente volvieron

por un instante á atraerla los templos, á imponerla la magestad de las grandes basílicas.

Pero ya no soñaba con los ángeles, envuelta entre las nubes del incienso, encontraba sin bellezas las toscas esculturas, monótona la voz de los sacerdotes, frío el antiguo templo de su fé.

En vano de rodillas ante el Cristo le pedía que la salvara, que le diera un rayo de su antigua ignorancia, una gota del Leteo para borrar los recuerdos del placer.

Muda permanecía la estatua, muerto el antiguo fervor. Los labios, al posarse sobre las frías baldosas, anhelaban el contacto de otros labios. En vano se golpeaba el pecho y reclinaba la frente enardecida sobre el mármol del templo. Eva que había comido la manzana, expulsada sería del paraíso.

Ante la indiferencia de las estatuas, quietas sobre sus zócalos, la magestad del templo sordo á sus gemidos, la desesperada histérica maldijo aquel panteón de su juventud, y un día, hosca y como enloquecida, le volvió la espalda y lo abandonó para siempre.

Entonces se hundió en el fango.

Magdalena sin redención, fué de mercado en mercado vendiendo los restos de su belleza opulenta, y estuvo, como dijo uno de sus antiguos textos, loca de su cuerpo.

Ya no fueron Santa Gudula y sus leones, Santa Julia y su castidad, Santa Lucía y su heroísmo, sus arquetipos ideales.

Margarita Gautier fatigando el vicio; Safo indómita querida; Ninon de Lenclos paseando su vergüenza: todas las grandes heroinas del placer fueron su ideal.

Al histerismo místico sucedió el histerismo mundano. El cirio que había ardido al pie de los altares lanzaba sus últimos fulgores en el altar de la diosa del amor.

Ya no vivía en la leyenda sino en el mundo; pero había caído en él tarde y sin alas. Pobre mutilada de la fé, iba al abismo.

* * *

Cuando mucho tiempo después, aquella tarde en el Hospital, enferma rebelde, sorda á los ruegos de la religiosa que la asistía, se negaba á ver al sacerdote y cerraba con soberbia sus ojos para no verlo y lo sintió alejarse con los santos óleos fulminándole anatema tremendo, y se

quedó sola, abrió los párpados y paseó su mirada sombría por los desiertos muros. Frente á ella estaba el altar improvisado, el Cristo ostentaba su tradicional rostro de mártir y dos cirios chisporroteaban. De súbito los ojos de la moribunda adquirieron expresión extraña; su mano, que no había podido levantarse, se extendió, mostrando un punto en el altar. La Hermana puso su mano sobre uno y otro objeto y al fin dió con el deseado. Era un San Luis Gonzaga que había al lado del Cristo.

La religiosa se lo trajo temblando de alegría. El milagro estaba hecho. San Luis salvaba aquella alma.

La moribunda lo trajo contra su corazón, lo abrazó con fuerza sobrehumana, lo besó con pasión infinita, tuvo un extremecimiento espantoso, una sonrisa se dibujó en sus labios, brotó una lágrima á sus ojos y espiró.

Murió en un paroxismo de pasión abrazada á su ideal.

¡EN EL MAR!

Verde es el mar: verde como la esperanza.

Verdes son las llanuras y las selvas, y los ojos soñadores de las vírgenes del Rhin.

Azul es á veces la ola: azul como el amor.

Azules son los cielos y los lirios. Azules son los sueños del poeta y azules las silvestres campanillas que se abren con el beso de la tarde.

Blanca es la nube perezosa, viajera del vacío: blanca como la inocencia.

Blancos son los velos de las vírgenes y las tocas de los muertos.

Negro es el cielo tempestuoso: negro como las alas de un paugil gigante.

Negros son los sueños de los malos, el fondo de los abismos y las noches de los proscriptos.

El mar es el engaño perpetuo: el verde, el azul, el violáceo, todos son negros en el fondo.

El cielo es la mentira cínica: el azul desmayado, el nácar pálido, todo es negro en el fondo.

En lo profundo del mar, el monstruo, el fango.

En lo profundo del cielo. . . . nada.

Triton dejó una reyedad de monstruos. Júpiter una dinastía de fantasmas.

Lucrecio creía hallar á Dios en el fondo del mar. La fé cree hallarlo en el fondo del cielo.

Thales sacó á su Dios de las aguas del océano. Anaximandro y Leusípo de los átomos del aire.

Y Dios no está en ninguna parte.

El mar no representa á Dios ; representa la mujer. Es oscuro, voluble, tempestuoso, pérfido. ¿Quién interroga el abismo? Mar profundo, ó corazón de mujer ¿quién ve en el fondo?

Tempestades del cielo ó tempestades del alma ¿cuáles son más temibles?

Volubilidad de la ola, hay algo que te iguala : una alma de mujer.

Todo era azul ayer : azul el cielo y azul el mar.

Era una tarde toda de tintes azulosos, desde el oscuro que rodea la gruta hasta el pálido y triste color de niebla de la ola que muere sobre la arena blanca. . . .

Las espumas y las nubes, aves viajeras del desierto, jugueteaban. inquietas, caprichosas, poliformes. En el confín del horizonte, lo blanco de la espuma se besaba con lo blanco de la nube. Amor de mariposas.

El mar ni rugía, ni se quejaba : murmuraba.

Arrullo de gigante !

Efluvios lejanos y brisas fugitivas, todo era ligero, suave, perfumado, como un verso de Virgilio. Melancolia marina que hacía pensar en los cuadros de Pierre Lotti.

Era una mar como griega que suspiraba por la estrofa de Baudelaire y el poema de Leconte de L'Isle.

Tarde de esas en que los veleros buques, navegan como garzas fugitivas y contentos los marinos, sentados en la proa, cantan el himno del amor y la esperanza.

Tardes en que duerme la tempestad—¡Benditas sean!

La tarde azul del mar me hizo pensar en las tardes azules de la tierra.

Los perfiles sinuosos de la montaña; la sombra azul oscura descendiendo al valle poblado de rumores; el río gris plomizo como la cabellera de una anciana; la blanca casa enmedio á la arboleda, como una flor de Loto abierta entre el boscaje; la sombra de mi madre; y el poema de mi amor y la virgen de mis sueños. . . .

Azules sus ojos que semejaban más un lago por lo tranquilos que un mar por lo profundos, azules las venas de sus manos que estrechaba entre las mías,—lirios blancos con franjas *azulozas*—azules las cintas de su cuello y los sueños de su alma.

Verde la montaña cercana, el prado en que hundía sus plantas y las palmas que nos daban sombra.

Blanco su rostro de virgen circasiana, blancas las nubes que miraba, blanca su alma como la nieve inmaculada.

¡Ay! y en el fondo de tanto azul y tanto blanco había lo negro, lo profundo negro.

Pérfida como la ola, dijo Shakespeare.

Perfidia de mujer y perfidia de mar, ambas dan la muerte. La ola y la mujer ambas arrullan. La ola y la mujer ambas sepultan. Ambas matan con su beso helado y húmedo...

Cuando alcé la cabeza estaba negro el cielo, negro el mar.

La ola negra irritada, la espuma encima de ella como su blanca cabellera hirsuta.

La luz, el azul, el verde, todo había huido. Solo quedaba lo negro. La verdad. El fondo de todo. Lo inmutable.

Pensé en mis tristezas, en mi nostalgia, en mi orfandad.

Proyecciones negras y lejanas se alzaron en mi alma: los sueños de mi amor, las costas de mi patria, la tumba de mi madre.

Negro era el cielo, negro era el mar, negros como los sueños de los celos, como las noches del proscripto, como las soledades del huérfano.

Pensando en ese mar pensé en mi amor: el escollo, la emboscada, la perfidia; todo negro.

Negras las costas lejanas de la patria, la emulación, el odio, la contienda.

Solo en un punto negro en el espacio había un rostro blanco que me miraba con tristeza.

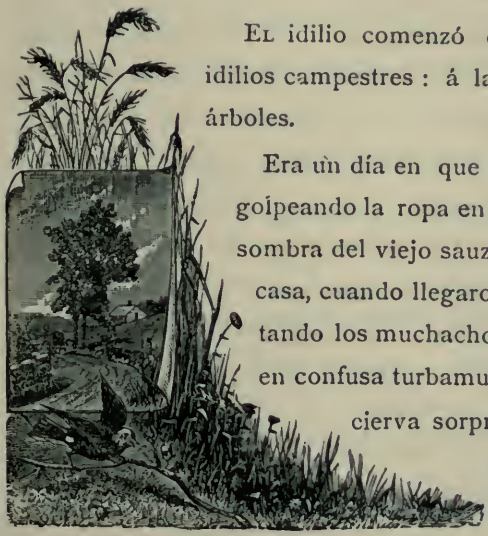
Negro el cabello, negras las pupilas. Sentí el estallido de un beso sobre mi frente.

Era la hora del ensueño, la hora en que la sombra de mi madre viene á besarme.

Entonces murmuré la única oración que no he olvidado, para el único Dios en quien yo creo, oración en dos palabras: *Madre mía, Madre mía.*

Hubo en el cielo uno como florecimiento de estrellas, en el mar uno como estallido de espumas y parecióme que la soledad inmensa poblada de rumores murmuraba tristemente: *Madre mía, Madre mía. . . .*

¡BAJO LOS ARBOLES!....



El idilio comenzó como todos los idilios campestres : á la sombra de los árboles.

Era un día en que la niña cantaba golpeando la ropa en el lavadero, á la sombra del viejo sauz, no lejos de la casa, cuando llegaron saltando y gritando los muchachos de la escuela, en confusa turbamulta. Como una cierva sorprendida se refugió en el ramaje, viendo con ojos

asombrados la turbulenta tropa, que de piedra en piedra saltaba el arroyo buscando hacia arriba un lugar aparente para el baño. Cuando creyó que todos habían pasado salió de entre el monte. Sobre la piedra más alta, en mitad del río, como un cachorro de león que buscára las huellas de sus compañeros, un muchacho de los más grandes de la escuela trataba de orientarse buscando por dónde habían tomado los otros. Al sentir ruido en la orilla volvió su cabeza altiva y su mirada atrevida se clavó en la niña. La lavadora avergonzada bajó los ojos. Preguntóle el mozo por dónde habían seguido los otros, ella apenas acertó á extender su mano señalando con el dedo el punto deseado. Un momento la contempló el mancebo, después, dando un salto de gato montés, ganó la ribera opuesta y mientras su sombra se perdía en los recodos del monte, la niña como alelada miraba con sus grandes y tiernos ojos el punto de la visión desvanecida.

Después dobló la cabeza y siguió cantando, triste, muy triste, mientras á lo lejos se escuchaban los gritos de los muchachos, mezclados á los estrépitos del torrente y á los vagos ruidos del campo traídos por la brisa esti-

val que acariciaba los inmensos trigales y jugueteaba en los árboles de la orilla. . . .

* * *

Cuando pocos días después, su madre le anunció que iba á llevarla al pueblo donde entraría como sirvienta á casa de las señoras L***, la niña tuvo un extremecimiento de alegría, y sin saber por qué le pasó por la mente la imagen atrevida del muchacho aquél que había visto allá sobre la piedra del río, entre las reverberaciones del sol, mientras se escuchaba lejos el estrépito del torrente, los vagos ruidos del campo traidos por la brisa estival que acariciaba los inmensos trigales y murmuraba en los árboles de la orilla. . .

* * *

El idilio comenzado á la orilla del rio continuó á la sombra de los paternos muros. ¿La amaba él? Eso no lo averiguaba ella; le bastaba amarlo. Era su amo, su señor, y ella lo habia hecho su idolo. Amor sencillo y salvaje. Toda su vida concentrada en esa pasión, en esos

besos dados á hurtadillas, en ese amor sin palabras y sin ruido, en esas citas en la huerta, bajo los naranjos florecidos y los malabares entreabiertos.

Verlo desde la mañana hasta la noche, servirlo sumisa y silenciosa, temblar ante aquel adolescente tumultuoso é indómito, sufrir con sus dolores y gozar con sus alegrías, llorar en silencio cuando era castigado, admirar su esbeltez que ella encontraba ideal, y dormirse en la noche húmedos todavía los labios por el último beso dado bajo los ramajes en flor y los malabares entreabiertos : he ahí su vida.

* * *

Aquel día en que se nubló su idilio, despertó su alma al dolor.

Cuando el día de la partida aquella mañana sombría, vió listos los caballos en que debía irse lejos, muy lejos para una ciudad muy grande, y lo vió húmedo de lágrimas maternas entre gritos desgarradores abandonar la casa querida, la pobre niña pegada contra el muro, quieta como una estatua, con los ojos desmesuradamente abier-

tos lo miró alejarse y lo siguió con la vista hasta verlo perderse tras la última loma que doraba el sol de una mañana espléndida.

Cuando volvió en sí sólo vió sombras en torno.

Su amor desesperado y salvaje se tornó en melancolía, y vivía escuchando las noticias que de la ciudad lejana llegaban y escapándose para ir á la loma cercana, tras de la cual lo había visto desaparecer, y allí soñando con su idilio doloroso, mirar y mirar al camino, hasta ver oscurecerse el cielo, enrojecerse el horizonte y aparecer tras los lejanos cerros la misteriosa estrella de la tarde.

* * *

Volvió él hecho ya un joven de veinte años y ella que sin apercibirse se había hecho hermosa como esas flores que se abren al calor de los trópicos, se extremeció ante la mirada llena de deseos que inspiraba su belleza, al ídolo de su alma.

Y continuó el idilio, y se amaron como antes, en las noches plácidas, en el misterio de la huerta á la sombra de los naranjos en flor y los malabares entreabiertos.

Idilio doloroso para ella.

Besos recogidos en otros labios, noches pasadas en otros brazos, amores de cortesanas, viento de las grandes ciudades habían corrompido el corazón del mancebo y mientras él era para ella un ídolo, ella no era para él sino un instrumento de placer, un juguete que se arroja al suelo y se pisotea un día de enfado.

Altivo, indiferente, sensual, nuevos placeres lo apartaban de ella diariamente y la infeliz se consumía en silencio conformándose con una palabra, una mirada ó una orden dada con sequedad. Viéndolo y oyéndolo olvidaba sus dolores.

En las noches en que permanecía en la calle hasta altas horas, ella rezando en su lecho, esperaba oirlo entrar, prestando oido atento á los ruidos de fuera y extremecida de zozobra. Cuando ya había entrado, se dormía soñando con besos que ya no venian á acariciar sus labios y brazos que ya no ceñían su talle.

Otras noches, mientras él dormía, ella paso, muy paso se acercaba á la puerta y gozaba oyéndolo respirar: como en éxtasis permanecía allí echada en la puerta con la

fidelidad de un perro que guarda el sueño de su señor.

Cuando un día, él la llamó y le confió un secreto, solicitando su ayuda, la pobre sugestionada no pudo negarse y en el heroismo de su amor lo hizo todo. Ella llevó las cartas á la hermosa niña, ella traía las respuestas y trémula murmuraba ante uno y otro las palabras de amor que eran otros tantos puñales que se clavaba en el corazón y fué ella quien se hurtó la llave de la puerta de campo, para que él pudiera salir á caer en otros brazos.

¡ Cuántas noches tiritando de frío, recostada en un banco del jardín, lo esperaba, sollozando de desesperación al considerarlo reclinado en el seno de otra mujer ! En espera de una mirada, de una caricia furtiva, allí permanecía, esperándolo para abrirle, y cuando entraba y veia perderse su figura querida tras los árboles, la pobre soñadora se sentaba en el banco, miraba el cielo estrellado y permanecía como en un éxtasis, hasta que una vaga claridad anunciaba el día, el viento de la mañana la envolvía en oleadas de perfumes arrancados á las azucenas y lirios del jardín, otro tiempo testigo de su amor, y can-

taban los pájaros el himno de la mañana en las ramas de mirtos florecidos.

* * *

La segunda ausencia le fué imposible soportarla. La soledad del alma la mataba y un día desapareció de la casa y del pueblo. Iba en busca del bien amado. . . .

En las inmediaciones de la gran ciudad halló tropas, que en una y otra dirección cruzaban el camino, y pasó medrosa entre las chanzonetas de los soldados y las miradas atrevidas de los jefes.

Llegada á la capital, sola y sin conocer á nadie, se acordó de un antiguo notario de su pueblo que vivía allí, y después de mil indagaciones logró hallarlo. Por él supo que el país estaba en guerra y que el joven estudiante se había enrolado, como muchos otros, en un batallón que había salido la víspera para el Tolima.

¿Qué podía detenerla en la ciudad? Nada.

Embargada por su único pensamiento, ensimismada en él, no tenía más que una sola idea, fija, tenaz: llegar á él, verlo, volver á gozar una vez más siquiera de sus besos y sus caricias, y morir después.

Así abstraida y silenciosa, como una visionaria que caminase con la vista fija en un punto luminoso, emprendió de nuevo su camino y llegó extenuada y rendida, al segundo dia, al pueblo donde se habia detenido el batallón.

Tocaban las cornetas toque de marcha y estaban las tropas formadas en la plaza. El corazón de la joven latió con violencia, no lo había visto, pero lo había presentido.

Apartando los grupos de gente que curioseaban á la tropa, llegó al centro de la plaza. Allí estaba él, ginete en brioso caballo, hermoso con su blusa militar, y su ademán atrevido. La joven como fascinada con las manos tendidas cual si caminase en la sombra al encuentro de una visión, llegó hasta el pié del caballo. El ginete volvió á mirar.

—Marta! exclamó él.

Un torrente de lágrimas inundó el rostro de la joven.

—¿Qué vienes á hacer?

—Vengo á verlo.

—¿De dónde vienes?

—De nuestro pueblo.

—¿A dónde vas?

—A donde vaya V.

Todo estaba dicho.

Desde entonces la joven siguió al batallón, á dondequiera, en pos de las huellas del sér querido, siendo para él amparo y providencia, y se enroló en ese grupo de mujeres abnegadas y valientes que en Colombia sigue á los ejércitos y va con ellos á la campaña y al combate, y son la alegría del soldado, el consuelo del herido y á veces las únicas sepultureras de muertos queridos, los únicos labios que rezan, los únicos ojos que lloran, las únicas almas compasivas que velan á la orilla de tumbas recién abiertas, de aquellas tumbas melancólicas y solas....

En las grandes jornadas por las montañas abruptas, en las travesías por las llanuras áridas, siempre ella estaba allí, lista con el alimento conseguido con inmenso trabajo, y con la bebida fresca cuidadosamente preparada.

Era feliz. . . .

Cuando la luna caía sobre el campamento retratando las blancas tiendas de campaña que semejaban gigantescos copos de nieve y en la noche silente solo se oía el ¡quién vive! de los centinelas, era dichosa sintiéndolo re-

clinado sobre su corazón, besándolo callada ó conversando del pueblo y de los séres queridos hasta dormirse soñando con aquellas noches perfumadas, aquellas citas primeras en el silencio de la paterna huerta, á la sombra de los naranjos florecidos y de los malabares entreabiertos.

* * *

Tras una noche de escaramuzas y de alarmas amaneció el día de la batalla.

Las tiendas de campaña se recogieron como nubes al soplo del viento, formáronse los batallones y comenzó el combate.

Allá lejos, veíase la proyección de las trincheras enemigas, que bajando del cerro venían á formar un triángulo negro sobre la llanura verde, las tropas empezaban á coronar la altura en tanto que las otras avanzaban de frente ó se internaban hacia la izquierda, por el bosque oscuro.

El batallón que seguía Marta le tocó internarse en la arboleda hasta llegar á poca distancia de las trincheras enemigas. Sorprendido en su camino se rompió el fuego por aquel lado y se generalizó el combate.

Una inmensa capa de humo envolvía toda la llanura.

El ruido monótono de las ametralladoras, la fusilería continuada, el estampido del cañón, formaban un solo asordador estallido.

Marta marchaba pie á pie, al lado de su amante.

Como viento de tempestad que talára la selva caían pedazos de monte á fuerza de cañón, volaban las astillas de los árboles llevados por las balas, caían los soldados en montón, pasaba el General en Jefe como una visión fatídica, con el corneta en ancas de su caballo, tocando *á la carga!...* y ella no contemplaba más que las facciones del sér querido transfigurado por el coraje, como un león á vista del desierto, la mirada centellante, las fauces temblorosas, desenvainada la espada, con el sombrero atravesado por las balas, gritando con voz asordadora *adelante! adelante!*

A ella le parecía que escuchaba un himno. Nunca lo había visto tan bello. Lo seguía como en un éxtasis. Envuelto en aquel cuadro de llamas le parecía admirable. El combate había desaparecido á los ojos de la joven. No había más que él, como un arcángel indignado entre esa nube de fuego.

Por dos veces fué rechazada la compañía que mandaba él y por dos veces la volvió á mandar sobre el reducto, caminando á su cabeza.

. . . . . .

Habían salido del montículo, el enemigo había cesado el fuego, no se veía.

Allá al frente, como á diez metros, se veía algo negro como el vértice de un ángulo. Era una trinchera. Parecía abandonada. La tropa avanzó cautelosamente. Ya están cerca.... Ya la asaltan... El capitán, el primero, con la bandera en la mano, dando un grito como de águila salvaje. Una nube de fuego se extendió en el horizonte, como espigas tronchadas por una hoz cayeron al suelo los soldados... La emboscada vencía. Cuando á Marta le pasó el deslumbramiento miró en torno suyo. . . . Allí, al pie de la trinchera estaba él, el rostro contra el suelo, la espada en una mano y en la otra la bandera desgarrada que lo envolvía en sus pliegues. Los atrincherados no salían. . . . Esperaban los contrarios que debían salir del mismo monte y caer en la misma emboscada. Marta se abalanzó al cuerpo de su amado, como una hembra de jaguar que

varía de cueva á sus hijos, lo tomó en sus brazos con fuerza increible y rugiendo más que gritando se entró con él al monte y descendió hacia el arroyo.

Una vez allí, pálida, temblorosa, con sus propios dientes le desgarró el dolmán y la camisa, palpó la herida, se empapó en su sangre, pegó á ella la boca, la lavó y acercó el agua á los labios del herido. Éste abrió los ojos, y al verse en brazos de Marta intentó sonreir.

—¿Vencidos? alcanzó á preguntar.

—No, vencedores, dijo ella con orgullo, adormeciéndolo así, con el himno de la esperanza.

Un rayo de felicidad iluminó las facciones del herido, intentó sonreir y cerró los ojos para siempre, sintiendo extremecerse su hijo bajo su cabeza en el vientre de la madre, en los labios el beso desesperado del amor y cerca el ruido embriagador del combate, semejando el fragor de una tempestad en el océano.

Muerte feliz!

* * *

Al caer de la tarde siguiente, el ejército vencedor abandonaba el campo de batalla.

Se oían á lo lejos los gritos de victoria, los ruidos de los cañones y el tropel de los caballos.

No se veía más humo que el de las hogueras que quemaban los últimos muertos desamparados.

En la árida llanura, poco antes poblada de ruidos, había silencio de muerte y con su ala piadosa y fría el olvido y la noche iban cubriendo el desolado campo de batalla.

A la orilla del monte, cerca á una cruz de palo atada con bejucos, postrada de rodillas estaba Marta.

No lloraba, sus ojos desmesuradamente abiertos miraban el cielo, y cual si mirase en el fondo de un abismo permanecía sorda á los ruidos de la naturaleza y de la tarde.

Poco después, como maquinalmente, se puso de pie, dió la espalda á la cruz y comenzó á andar.

Bajo el cielo lívido y sobre la llanura negra avanzaba aquella mujer como un fantasma, como el último resto de un bajel náufrago en el océano, y avanzó y avanzó.... hasta perderse en las lontananzas melancólicas, entre los ruidos dolientes de la noche.

. . . . . .

Pocos días después Marta bajaba la pequeña cuesta que conduce á su pueblo natal.

Meditabunda y sola atravesó la plaza y entró á la casa de donde había salido un día en busca de su amado. Nadie le hablaba.

Preguntó por la señora, y al verse en presencia de ella, bajó los ojos avergonzada.

—¿Qué vienes á hacer?

La joven nada respondió, abrió su jubón, sacó de su pecho un escapulario, un medallón y una cartera y lo extendió á la anciana. La pobre madre lo comprendió todo y dió un grito horrible.

Marta la vió impasible, no tenía ya lágrimas que verter.

Pasado el primer acceso de dolor, la señora se puso en pié y ordenó á la muchacha abandonar la casa.

La joven inclinó la cabeza bajo aquella mirada indignada y aquella mano temblorosa que se extendía mostrándole la puerta.

Una vez allí, miró por vez postrera aquella casa querida, pensó en sus amores, en sus citas y la última lágrima cayó de sus ojos.

Adiós! dijo, y aquel adiós vibró en el aire calmado y fué á perderse en la huerta silenciosa, entre los rosales silvestres bajo los naranjos en flor y los malabares entreabiertos.

* * *

Tres meses después le habían arrebatado su hijo, y se consumía en la humilde choza donde había muerto su madre, y soñadora enferma, se le veía bajar hacia el arroyo, y golpear un harapo contra el lavadero y cantar triste, muy triste, cual si viese en mitad del río, sobre la piedra más alta, dibujarse la silueta de un adolescente hermoso, mientras allá lejos se oye el ruido de los muchachos mezclado á los estrépitos del torrente y á los ruidos del campo traidos por la brisa estival, que viene acariciando los rubios trigales y murmura en los árboles de la orilla. . . .

VENGADO.

I

FLOREABAN los tilos, las lilas se abrían, los rojos claveles, blancos malabares, geranios y adelfas se agrupaban en torno de ella para brindarle su perfume. La enredadera que pendía de la tapia del jardín la coronaba de florecillas azules, y las aves en el ramaje y el arroyuelo á sus pies le formaban uno como rumoreo de amores.

Sentada estaba al lado de su esposo.

Blanco el cabello, rostro bondadoso y aspecto de enfermo tenía él.

Belleza deslumbrante y voluptuosa, hermosura de sol en el zenit, de rosa de la montaña, de fruta madura y tentadora, esa que las mujeres hermosas desarrollan después de los treinta años, era la de ella.

Morena la color, negro el cabello, cuyas ondas lustrosas semejaban las olas de un rio acrecido, en una noche de tempestad. Como un plumón de cisne era su pecho levantado de protuberancias marmóreas, ajustado al talle y ceñido el traje dejaban ver formas estatuarias de las cuales, como modelo escapado á un estudio de artista se veía su brazo de curvas perfectas, apretada carne y vello sedoso, que semejaba la peluzna de un melocotón.

Silencio sepulcral había en el pueblo y el jardín. Ni un ruido en la casa, ni un transeunte por frente de la reja.

Los insectos entre el boscaje y las moscas zumbadoras eran los únicos parleros.

Nube de hastío velaba su faz hermosa.

Con la mirada vagando en el espacio cual si buscase algo tras el horizonte respiraba con pasión, se impreg-

naba del calor de la tarde, y de los aromas de las flores y aspiraba en su temperamento ardiente aquellos efluvios de voluptuosidad de la naturaleza que venían á bes a en invisible oleada.

Parecía soñar; ¿en qué pensaba?

¡Imaginación de mujer! ¡Inmenso abismo! . . .

Acaso contemplaba los amores de los insectos que se extremecían tocándose con las alas, las parejas de aves que se refugiaban en el bosque, como buscando el misterio para amarse, las plantas que se enlazaban con lasciva fiereza, la tierra fecundada por el sol y produciendo cada instante de su seno generoso.

¿Soñaba? Sueño de la planta agostada con la gota de agua del cielo; de la playa abrasada con el beso del mar! Sueños de una naturaleza voluptuosa, languideciente en la soledad y en el hastío.

Ruido de herraduras contra las piedras, se escuchó afuera. Púsose en pié el perro perezoso que á los piés de su señora dormia y ella clavó sus ojos en la reja.

Lentamente, como quien trae fatigada la bestia pasó por frente á ella un ginete que saludó con cariño,

¿Era un niño? No tal. Eralo sí, cuando hace cuatro años partió para el colegio. La adolescencia empezaba á abandonarlo hoy, y pisaba las fronteras de la vida. Aunque los estudios lejos del pueblo natal ajan el alma y el rostro, aún mucho antes que los años lo hagan, aquel tenía algo como de infantil en la mirada y de frescura en el rostro donde se diseñaban ya sus facciones varoniles, de perfil hebreo.

—Federico, dijo el esposo.

—Es verdad, qué crecido está, dijo ella.

Y lo siguió con los ojos hasta verlo perderse en la próxima calle. Todavía quedó como alelada, mirando el punto donde había desaparecido.

Pronto volvió á reinar el silencio, el perro volvió á echarse á los piés de su ama, la brisa á jugar en los árboles. Ella cerró los ojos y quedó como en un sueño.

Cuando volvió á ver á su esposo, parecíale que toda la nieve de la sierra próxima le hubiese caido en la cabeza y su edad se hubiese duplicado.

Deslumbrada con la vista de la aurora hallaba horrible aquel crepúsculo helado.

Sentía como que algo desconocido se agitaba en el fondo de ella. Nerviosa, inquieta, se puso á pasear por el jardín y se acercó á la reja. Todo estaba desierto. . . .

—Vámonos, dijo y del brazo de su esposo se dirijió á la casa.

Aquella noche su sueño fué inquieto y febril. Sentía como si en su interior retozaran fieras. Su sangre ardía, sus carnes temblaban y extremecimientos de pasión recorrían su cuerpo.

Había algo que rugia en ella. Su naturaleza, dormida despertaba como una leona sedienta.

Algo había que le gritaba: ama, ama, ama.

Se abrazó á su esposo con frenesi, como nunca lo había hecho, lo besó con ardor inusitado y lo estrechaba con fuerza.

—Déjame, déjame, decía el pobre enfermo, me haces mal.

Entonces hosca, como una loba herida se retiraba al rincón de la cama, sacudía su cabellera suelta y lloraba temblando. Sus grandes ojos centelleaban en la sombra y parecía una febricitante. Creía que el temblor de la

pasión era frío y volvía á arrebujarse y á temblar á solas.

A las primeras luces abandonó el lecho: jamás le había parecido tan odioso.

Miró á su esposo: sus pupilas no reflejaron odio, sino desprecio.

Sobre aquel lecho y aquel hombre vagaba ya una sombra.

II

Perfumado estaba aquel rincón del valle, como el seno de una mujer, que espera á su amante para reclinarlo allí.

Olor de tomillos y albahacas uníase al de mil florecillas silvestres que allá y acullá esmaltaban el suelo semejando unas, con sus hojas amarillas, monedas de oro dispersas en una mesa de juego, otras, azules como girones de nubes, se inclinaban, como si durmiesen ó trepaban la enredadera verde mezclándose á sus hojas; las de rojo color, iban como presurosas por el descenso que va á la fuente y las últimas casi se sumergían en el remanso; melancólicas y sin perfume abrían sus hojas blancas esas flores de la tarde, que nacen á la venida de la sombra

cual si fuesen almas de flores muertas que vienen en la noche á platicar con las estrellas.

Rumor de nidos parleros había en los árboles. Mujían las vacas susurraban los insectos, las luciérnagas, lámparas del boscaje, voloteaban ya en el monte y había en la naturaleza, ese vago rumor de una tarde que se muere.

En la linde del camino que baja al río, allá, donde forma un recodo y hay una arboleda, cerca al poblado, junto á esa fuente donde las mozas campesinas se lavan y se miran el rostro para entrar al pueblo, sentados en esa piedra, donde descansan los campesinos ancianos y zagales del monte han platicado de amor, cojidos de las manos, presos en las miradas, en diálogo feliz están los dos.

Hace un mes que él llegó al pueblo, la tarde aquella, en que sentada al lado de su esposo ella agonizaba de hastío, y lo devoró con la mirada.

¿Cómo se habían aproximado uno á otro? Tiene el amor secretos subterfugios.

¿Cómo se habían amado? Soledad del pueblo, monotonia de la existencia, juventud que despuntaba en él,

exhuberancia de vida llegada á su cenit en ella; ardores de una pasión que casi era adolescente y tempestades de un amor en la tarde de la vida; dos corrientes de electricidad y de pasión que se encontraron: he ahí el rayo.

Sentada allí estaba transfigurada.

Ya no había una nube de hastío sobre su frente, la felicidad como un sol le inundaba el rostro.

Su belleza tropical y tentadora era deslumbrante. Todo en ella respiraba voluptuosidad feliz. El labio entreabierto convidaba al beso; el seno palpitante á la opresión. Sus grandes y húmedos ojos, no miraban sino devoraban al mancebo y había en sus miradas algo como del amor celoso de una leona, en sus pupilas algo como de las reverberación de las tempestades del desierto.

Y á fe que aquella cabeza de adolescente merecía ser contemplada así. Hurtada parecía que hubiese sido al estudio de un pintor alemán. En sus pupilas había ese color gris pálido en que se trueca el azul del cielo en las regiones del Norte. Su cabello de un rubio oscuro casi castaño se agrupaba con profusión sobre su frente. Corte griego la nariz, gruesos los labios y graciosa la sonrisa.

No velaba su boca el bozo ya despuntado, porque siendo más rubio que el cabello apenas se notaba. Tenía su rostro todo, expresión soñadora y sensual, atrevida y noble.

¿Qué hablaban? Diálogos de enamorados, ¿quién los ignora? Las mismas notas del himno eternamente cantado; las mismas páginas del poema eternamente repetidas.

El diálogo era paso y tierno, era uno como susurro, que se confundía con el ruido del agua entre la grama, el rumoreo de la brisa entre las hojas y el gorgeo de los pájaros arriba.

Busca el amor la soledad y ellos huyendo de paseantes campesinos habían tomado la vereda oculta y estaban en mitad de la espesura.

Enervante olor á bosque, conciencia de la soledad, amores de insectos abajo y de aves arriba; dos torcaces que se arrullan cerca; el viento que rumorea en torno; la tarde que declina; una estrella que asoma; la inmensa voluptuosidad de la tierra extremecida que se duerme en los brazos de la noche.

Y ellos allí, hablándose de amor y por único testigo un lucero melancólico que enviaba su luz á través del sombrío de la espesura.

Por tres veces se puso ella de pié queriendo despedirse y por tres veces volvió él á traerla á su lado. Jugueteando quiso alejarse la cuarta y él no pudiendo tomarla de la mano le ciñó el brazo al talle y la encadenó temblando. Cuando por este movimiento puso la frente sobre ese seno y lo sintió extremecerse y aspiró aquel perfume de mujer, todos sus instintos juveniles se despertaron en él y alzó asombrado la cabeza. Ella sin rechazarlo lo contemplaba con la suya echada hacia atrás, los grandes ojos, húmedos, llameantes; la respiración anhelosa; los labios entreabiertos; la negra cabellera suelta, como si la agitara el soplo de la tempestad de deseos que estallaba en ella. Él acercó su rostro cual si desease aspirar su aliento clavó su pupila en la pupila de ella; y le dió en la boca tan sonoro beso, que temblaron las aves en sus nidos y suspiró la selva de placer.

El beso de Paolo en los labios de Francesca.

Primer beso de verdadera pasión dados á aquellos

labios de volcán; primera ráfaga que agitó el seno de aquel oceano de voluptuosidades.

Se quejó como una ave que se muere; se dobló sobre el pecho de su amante y después se abrazó á él con el furor de una llama que rodea un tronco.

. . . . . .

Callaban las aves, murmuraba la fuente, susurraba la brisa, clareaban los luceros en el cielo pálido y la noche apacible se poblaba de rumores cuando ellos dejaron el húmedo boscaje, el entoldado templo de su amor.

En aquel edén abandonado no quedó ángel custodio.

Solo la virtud parecía sollozar tristemente en el fondo de la selva.

III

El tiempo es cierzo y la ilusión es flor, cuando pasa sobre ella la marchita.

Pasión loca y desbordada, amor de carne, dura poco, languidece, vacila y muere al fin. Deseo satisfecho, amor muerto. Fiera saciada se retira al monte.

Seis meses pasados sobre la pasión culpable.

El amor de ella siempre vivo, la pasión de él siempre desbordante.

Ella lo amaba con delirio; era su único, su primer amor. Él confundía su pasión con sus sentimientos y creía amarla.

Muchas tardes se habían visto, muchas citas se habían dado y el sol al ocultarse los había dejado muchas veces uno en brazos del otro.

Aquella tarde también el sol agonizaba, tenue brisa refrescaba el ambiente, las aves como siempre llegaban abatiendo el vuelo á los nidares y ella inquieta esperaba ásu amante.

La tarde era bella y se le hacía triste; la soledad se le hacía insoportable.

¡Oh desesperación de los que esperan!

Cansados estaban sus hermosos ojos de mirar el camino; cansados de intentar leer y prontos estaban á llorar.

El ruido de una hoja la hacía extremecer; el paso de cualquier viandante la hacía temblar.

Cuánto tarda y ya la luz se oculta, ¿por qué no vendrá?

Nubes de negros pensamientos le pasaban por la mente.

Hacíasele más espesa la sombra, más triste la soledad y sentía miedo.

Sorprendióla la noche, de rodillas, cerca al banco de piedra, bañada en lágrimas, interrogando el horizonte. Al fin silenciosa y triste como quien ha perdido la mitad del alma se retiró hacia el pueblo.

Como sonámbula caminaba á la ventura. De súbito, un cuchicheo como de aves que se arrullan y una voz que era el himno de su vida, llegó á sus oidos. Alzó la cabeza asombrada. Era una pequeña casa de arrabal, llena de luz. Una anciana, que sentada en su silla, tejía media, y dos jóvenes que en el corredor bajo su mirada hablaban tiernamente.

Era él! . . .

Como petrificada quedó, inmóvil, devorando el cuadro, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Colocada así en la penumbra, aquella mujer era la estatua del asombro.

Sus labios pálidos no murmuraron una palabra, las

pasiones no se despertaron en el fondo de su alma : estaba estupefacta.

Adentro, seguía el idilio.

La niña pálida, rubia, parecía una virgen de Ossian, sus grandes ojos azules tenían esa extrañeza apacible de quien comienza á vivir y se dejaba amar con inocente abandono.

Él, la contemplaba como un creyente á un ídolo. Su mirada no tenía, ni atrevimiento, ni impudicia. Era un éxtasis.

Se acercaban y se hablaban paso, muy paso, como el aleteo de dos mariposas azules.

La borrasca estalló entonces.

La mujer indignada tuvo ímpetus de fiera. Arrojarse entre ellos y herir fué su primer deseo. Se contuvo. Se acercó á la pared, para pasar bien cerca de la puerta y con voz ronca y sonrisa de epiléptica, dijo lentamente :

—Buenas noches.

La niña y la madre respondieron.

Y sintió extraña conmoción, como quien despierta de un sueño. Se acordó de todo. Había faltado á la cita,

La niña, quedó fija, viendo la silueta de la mujer perderse en la sombra.

No sabía que la más grande de las tempestades acababa de pasar cerca de ella : la tempestad de los celos.

IV

La cadena culpable iba á romperse, en vano se pretendería soldar sus eslabones.

El amor del alma, iba á vencer al amor del cuerpo, el sentimiento, á la pasión.

Hubo reconciliación, y lágrimas, y besos, y disculpas.

El bosque aquél volvió á poblarse de rumores amorosos; la copa del placer volvió á llenarse y los ardientes labios á libarla, pero ay! la antigua fe no renació. Los celos y la desconfianza engendraron la querella ; el placer desbordado engendró el hastío ; la tristeza los cubrió muchas tardes en el bosque y la luna, al asomar, los vió muchas veces, lejos el uno del otro, con mirada hosca y ademán indignado.

El amor puro que se alzaba en él, empezaba á dominarlo todo. El desengaño que se alzaba en ella, todo lo

oscurecía. Triste crepúsculo de todo lo que muere!

Al fin las citas fueron más raras, la sanción se alzó entre ellos y el bosque quedó desierto.

La soledad empezó á rodearla.

La sociedad no venía á su casa, su amante no podía entrar en ella, porque el anciano lo comprendía todo y ella no podía ir á la cita acostumbrada, por temor á los comentarios del pueblo, al verla pronta á ser madre.

Al fin la soledad fué completa.

Su esposo murió sin perdonarla.

Cuando aquella noche de la agonía, desmelenada y llorosa, hincada á la orilla del lecho, pugnaba por tomar una mano del anciano diciéndole con voz ahogada por el llanto:

—Perdón, perdón.

—Nó, nó, jamás, respondía él indignado.

—Perdóname, volvió á decir ella.

—Maldita seas, dijo el anciano y fué su última palabra.

Cuando trageron para que lo bendijera á aquel niño recién nacido que pasaba por su hijo, el moribundo abrió los ojos, con ademán de furia inusitada, trató de incor-

porarse, una ola de sangre le subió al rostro y se desplomó en el lecho. Estaba muerto.

Cuando al día siguiente en la sala mortuoria, á la luz oscilante de las lámparas, se hallaron los dos ante aquel cadáver, como ante un testigo inmutable, al fijar sus ojos en el muerto, cuyo semblante lívido reflejaba aún la indignación, ambos los bajaron aterrados.

El remordimiento, como una ave fatídica, pasó rozándoles la frente.

V

El dolor produjo una como recrudecencia del amor.

Algo de nobleza en él, que al mirar aquella mujer aislada, triste abandonada por su causa, le indicaba que debía ser amada, lo hizo volver á su regazo.

Y este canto del poema tuvo lugar en el campo, allá en una hacienda lejos del bullicio donde ella se había retirado á pasar el luto y á donde iba él, dos veces por semana.

Mas esta última había faltado.

¿Qué se había hecho? ¿por qué no venía?

Era necesario ir á buscarlo y fué.

Tras los cristales de la ventana, en su alcoba, donde aún parecía vagar el frío de la muerte y la sombra de su esposo, ella lo esperaba.

Bella estaba con sus vestidos de luto, la palidez del dolor y la amorosa ansiedad en el semblante.

La maternidad que había calmado su temperamento voluptuoso, había adelgazado su cuerpo y dado un nuevo aire distinguido y triste á su belleza.

En un ángulo del aposento, dormía su hijo en una cuna entre una nube de encajes, semejante á esos serafines que circundan las *Concepciones* de Murillo vagando en el seno de una nube.

Los ojos de la madre iban de la calle á la cuna y de la cuna á la calle.

La noche venía y él nó.

Poco á poco, los montes lejanos se iban hundiendo en la sombra, las verdes dehesas se hacían oscuras, el cercano río no se veía, sino á trechos reflejando una que otra estrella naciente, los limoneros y manzanos de las quintas vecinas se balancean al beso helado de la noche, la

blanca torre de la iglesia después de haberse despedido con su lengua de metal al toque de *angelus*, se habia hundido en el silencio y en las tinieblas, el cielo empezaba á poblarse de estrellas, y á trechos en las pocas casas del poblado empezaban á aparecer las luces.

La sombra se había apoderado de la habitación con su ropaje lúgubre y ella presa de inmensa agitación no la había visto llegar.

Llamó á su criado de confianza ¿ había cumplido su comisión ?

—Él dijo que vendría, murmuró el sirviente.

—¿ Á qué hora ?

—Á las seis.

¡ Eran las ocho !

Dejó caer su cabeza entre las manos y lloró amargamente.

Entonces meditó en su pasado, en su pasión en su caída.

El recuerdo alzó las lontananzas en su alma y le pareció oir el murmullo de palabras queridas y besos olvidados.

Un ruido de lejana música vino á sacarla de aquel ensimismamiento sombrío.

Acercó más la cabeza á los cristales y miró hacia afuera. Á pocos metros de allí en la calle del frente cuyas ventanas abiertas dejaban ver la sala iluminada, era donde tocaban: había un baile.

Con la ansiedad y el dolor pintados en el rostro se puso á verlo todo.

Uno por uno vió entrar los individuos de la concurrencia y luego vió comenzar el baile: un alivio inmenso vino á su alma: él no estaba allí.

Este rayo de consuelo fué pasajero, pues el corazón le gritó entonces: ella tampoco.

En verdad, ella, su inocente rival tampoco estaba.

La duda y el dolor le desgarraban el corazón.

De pronto, un grupo que pasaba por la opuesta acera, llamó su atención.

No tuvo necesidad de mirarlos para reconocerlos. Su alma le decía: son ellos.

Sí, eran ellos acompañados de la madre.

Sí, él que la abandonaba y la despreciaba; él que se

iba á un baile mientras ella gemía en la soledad y el abandono; él que bailaba ebrio de placer mientras ella lo aguardaba medio loca de dolor.

Como una fiera acosada tuvo un acceso de rabia, se abalanzó á los cristales de la ventana, quizo abrirlos, llamarlo y echarle en cara su perfidia.

El grupo había pasado sin que dirigiera una mirada siquiera á los balcones de la casa enlutecida, donde ella deliraba. . . .

Pronto lo vió entrar á la sala y un instante después mezclarse al torbellino de los bailadores con ella en los brazos.

Su mirada brillante indicaba su sueño de felicidad: los dos se hablaban con los ojos el infinito lenguaje de ternura.

No gritó. Se dejó caer en un sillón y lágrimas de hondo dolor se escaparon de sus ojos.

Absorta los contempló á través de este velo de llanto.

Después, como quién hace una resolución suprema, abandonó aquel lugar de su martirio.

Los últimos acordes de la música cesaron con las pri-

meras luces de la aurora; las parejas dichosas dejaron los salones; la campana tocó á la oración del alba y la luz penetrando á través de los cristales halló la pobre madre de rodillas, llorando al pié de la cuna de su hijo.

Allí había ido á extinguirse la tempestad de sus pasiones.

Al día siguiente, las puertas y ventanas herméticamente cerradas, indicaban que la casa estaba abandonada.

VI

. . . . . .

Mucho más de seis meses, aquella casa la más bella del lugar, estuvo muda y triste, con sus balcones y puertas cerradas y envuelta en una como nube de tristeza.

Los buenos vecinos del lugar que tánto habían murmurado de la señora, estaban hoy arrepentidos y profesaban sincera admiración por la rigidez de aquel luto guardado con tánta austeridad.

Ella se había retirado á su hacienda sin ver á nadie, absolutamente á nadie.

Federico, que en los momentos en que no sentía la fascinación de su amor ideal, sentía el hervor de su sangre juvenil y los voluptuosos arrebatos, que él creía amor hacia ella, había ido á buscarla y no había sido recibido.

Volvió con insistencia y de nuevo fué rechazado.

—Diga U. que soy yo, dijo al implacable mayordomo.

—Ya lo he dicho.

—¿Y qué dice la señora?

—Que no puede recibir á U.

—¿Por qué?

—Porque está leyendo.

Su orgullo se hería con la trivialidad de la excusa y el desprecio con que se le trataba. Aquel amor era ya para él un hábito. Su juventud, su temperamento ardiente, la soledad de aquel pueblo tan escaso en el placer, la belleza de la mujer que hasta allí había sido suya, todo había hecho que aquel amor carnal fuese una necesidad, un elemento preciso de su vida.

Cuando vió que le faltaba, halló que no tenía con que reemplazarlo.

Escribió carta tras carta y todas le fueron devueltas sin abrir.

Volvió á presentarse á la casa y volvió á ser despedido.

Entonces tuvo celos.

Pensó que aquella mujer de fuego no podía vivir sin un amante y que había sido reemplazado.

En vano averiguó el nombre de su rival. Nadie pudo darle razón.

Entonces el recuerdo de la bella viuda tomó las formas de la obsesión y lo atormentaba en sus sueños con ardientes reminiscencias Parecíale verla con aquel su negro cabello destrenzado, sus ojos ardientes y húmedos en cuyas pupilas se veía él, temblando de placer, aquella boca divina y sus besos enloquecedores que eran un frenesí, aquellas formas esculturales, aquellas carnes mórbidas, aquellos brazos cuya dulce cadena le parecía sentir aún y entonces creía aspirar hasta el perfume voluptuoso de aquella mujer divina y pensaba con furia que era imposible reemplazarla por el amor de esas campesinas vulgares, ignorantes del placer y de sus secretos y á

quienes le repugnaba instruir en las pasiones. Sentía inmensos accesos de celos, arrepentimientos tardíos, arrebatos de pasión inmensos. Aquella tempestad, se serenaba únicamente, cuando el rayo puro y tranquilo de la mirada de su amada caía sobre él. La luz de aquellos grandes ojos azules lo llenaban de claridades desconocidas.

VII

A través de las vidrieras de la alta y solitaria casa se veían brillar algunas luces.

Dijose en el pueblo que la señora había venido.

El médico de la ciudad cercana había llegado también.

La casa envuelta en la sombra no abría á nadie sus puertas. Era aquello un silencio inexorable, una quietud de claustro. Las luces que á intervalos brillaban á través de las vidrieras, parecían hacer más opacas las tinieblas que la rodeaban.

Los vecinos que llegaron á preguntar, tuvieron que volverse. La señora no recibía.

La antigua y vieja sirvienta que la acompañaba, obedecía á esa consigna de dolor ó de silencio.

Federico, desde el corredor de la casa de su amada veía las luces y se preguntaba: ¿habrá venido? ¿y, por qué hoy? La presión de la mano perfumada lo sacaba de su abstracción. Reproches dulcísimos, promesas de felicidad, voluptuosidades inocentes, todo un idilio. Primeros rumores del himno epitalámico.

Pronto el vendabal se desató. El viento hacía gemir las ramas en los árboles; voloteaban las aves caídas de su nido; el agua azotaba los cristales de la alta casa, en la cual solo se veía una luz, por un postigo abierto, semejante á la pupila inmóvil de un muerto á quien hubiese quedado abierto un ojo.

Había allí un silencio de tumba.

Bramaba el viento, escuchábase el rumor del trueno en el espacio, cuando se oyeron salir de la casa solitaria, gritos desesperados, gemidos desgarradores como los de un sér á quien arrancaban las entrañas, rujidos de una bestia herida en el bosque, ahullidos de una loba á quien quitaban sus cachorros.

Como una súplica, como una maldición, como un grito de locura, se escuchaba clamar en la soledad: ¡Mi

hijo ¡Mi hijo! ¡Hijo del alma! ¡Hijo mío!....repetía el viento en lúgubre crescendo y temblaban las madres en sus lechos estrechando los pequeñuelos contra el pecho y levantaban azorados los padres la cabeza, mirando al lecho de sus hijos.

El grito horrible cesó al fin...

Todo quedó en silencio.

¡Quietud profunda....Soledad sombría!

VIII

¡Qué bello el sol tras de la cima helada de los páramos! No hay una palidez más bella que la palidez del alba.

Como una virgen adolescente se sonroja á la primer mirada del amor, tíñese así, de color de fuego la mañana, cuando el sol va subiendo al horizonte.

Y estaba bella la del día aquel.

Las últimas gotas de la lluvia brillaban en los árboles como cintillos de cristal; la humedad de la mañana; las nieblas que se alzaban de los pequeños arroyos; la naturaleza despertaba bella y perezosa, como una mujer feliz,

tras una noche tempestuosa de amor y de placer.

El sol bañaba la vetusta iglesia. Había muchas flores blancas en los altares, muchos cirios prendidos, mucho incienso; sonaba el órgano sonoro y los desposados ebrios de felicidad, cerca el uno del otro, doblaban la cabeza, como dos palomas enamoradas, bajo la bendición del sacerdote.

En el centro de la iglesia y como si fuese un obsequio á la feliz pareja, había una mesa cubierta con un paño blanco, llena de rosas entreabiertas, de lirios blancos, de azucenas salvajes.

En mitad de la ceremonia dos mujeres entraron al templo.

La una, vestida de negro, ocultaba su rostro entre los pliegues del manto.

La otra anciana, altísima, pálida, descarnada, llevaba sobre el hombro un pequeño féretro forrado en seda blanca, galoneado de oro y adentro, el rostro de un serafín con los ojos cerrados como si durmiese y cubierto como una túnica de rosas blancas en botón. Parecía una bruja de las leyendas llevándose los niños de los castillos en-

cantados. Era una fantasma conduciendo un cadáver.

Al llegar á mitad del templo y colocar el niño sobre la mesa, la mujer arrebujada levantó una punta de su manto para cuidar que su hijo querido quedara bien, como un pájaro dormido entre las rosas.

Á vista de tánta luz y tánta flor en el altar, de tánta concurrencia endomingada, la mujer sorprendida preguntó á su sirvienta:

—¿Qué es esto?

—No sé señora. Pascual fué quien arregló esto, y el Sr. Cura dijo que trajeran el niño después de la misa.

—Y, ¿sabía de quien era? Nó, puesto que U. lo prohibió.

—Sí, para que no hubiera gente aquí. ¿Pero que hacen tántas personas en la iglesia?

—Nó sé señora, como no hemos hablado con nadie desde que vinimos....

—Es verdad.

El órgano y el canto sonaron entonces en el coro.

Las dos mujeres se pusieron de rodillas con las cabezas inclinadas.

Bajo el manto de la mujer enlutada se sentía la oración mezclada á los sollozos.

Poco después el cortejo descendía del altar.

El pequeño féretro, apenas se notaba bajo aquel como prado de azucenas. Era como una paloma en un nidar de lirios.

La desposada fué la primera que lo vió y dió un paso atrás. Federico lo contempló. Su corazón de padre latió con violencia inusitada.

La madre se había puesto á un lado, para dejar pasar la concurrencia, pero el roce de la gente había llevado hacia atrás su manto. El cortejo tocado por aquel dolor y aquel cadáver se había detenido un momento.

Entonces ella alzó la cabeza: frente á frente estaban los desposados.

Federico bajó los ojos, como abrumado por el peso de una maldición. Ella dió un grito débil, llevó las manos á los labios, buscó con ojos asombrados á su sirviente, tuvo fuerzas para ponerse en pié y disimular su nueva herida con un grito de madre: ¡Hijo mío!

Después como quien siente vacilar la tierra bajo sus

piés, tendió las manos, trató de asirse al paño del catafalco y se desplomó, llevando en su caída entre sus manos convulsas, un puñado de rosas y de lirios.

. . . . . .

Cuando volvió en sí estaba sola en su aposento.

Inflexible la vieja sirviente cumplía la consigna. Nadie había entrado.

La cuna de su hijo estaba allí, como un nido vacío, el pequeñuelo dormía en el cementerio, y la huella de su cabeza estaba aún en la almohadilla.

La música de su llanto ya no turbaba su sueño, pero los vientos de la noche traían lejanas armonías, ruidos de músicas alegres.

¡Todo lo comprendió! Los novios danzaban.

El hombre por quien había faltado y á quien no había podido expulsar de su corazón, amanecería ese día en brazos de otra mujer, como se había dormido en los de ella.

Madre desolada y amante celosa, su corazón se desgarraba

Lloró largo tiempo.

Después se acercó á la vidriera del balcón.

La música había cesado, las luces en casa de los desposados se extinguían....

La tempestad de los celos y el grito del dolor rujieron en esa alma desgraciada.

El remordimiento dió su último reflejo en aquella alma martirizada, y en esa soledad para ella poblada del rumor doloroso de besos y suspiros lejanos, dando una última mirada á la cuna de su hijo, cual si se sintiese transfigurada por el dolor, se dirijió al retrato de su esposo y doblando ante él la rodilla y la frente murmuró:

¡Ya estás vengado!

EMBOSCADA.

ARÍS estaba en plena vida.

Era la hora en que los teatros se vacían.

Inmenso río de claridades parecían los boulevares con sus intermitentes y pálidas ondas de luz eléctrica y sus rojos fanales de gas. Oscuridad de riberas formaban los inmensos *trotoirs* poblados de gente que producían el ruido sordo de una corriente subterránea y como cantos de pája-

ros se escuchaba la dulce voz de las mujeres prendidas al brazo de sus amantes y las risas sonoras de las *cocottes* saliendo tumultuosas de los cafés. De la Porte Saint Martin hasta la Magdalena París cantaba el himno del amor y de la vida.

Aquella inmensa ola humana parecía ir á perderse en la Plaza de la Concordia, tomando hacia las arboledas de los Campos Elíseos, donde aun vagaban los últimos acordes del *Horloge* y *des Ambassadeurs;* dejando atrás los Jardines de las Tullerías y envuelta en la sombra la negra silueta de la Columna Vendome.

Nubes de coches que bajan del Arco de la Estrella y de la cual se escapan cantos picantes, ecos de *calembourg*, risas de mujeres, estallidos de besos, himnos de amor lascivo, rumores de la vida parisiense que va á perderse bajo el inmenso arbolado, allá en los jardines cerrados, en los estanques en que duermen los cisnes y en la sagrada penumbra en que alzan su silueta las estatuas de los héroes y de los dioses.

Es Bizancio que revive, Babilonia que grita, París que pasa.

Es el inmenso aleteo de la vida bajo el ala del placer.

Un paseante solitario, hostigado acaso por ocultos dolores y nostálgicas tristezas, subía lentamente la calle real y había ganado ya el Boulevard atravesando la Plaza de la Magdalena, cuando del fondo de una de esas calles oscuras vió avanzar hacia él un bulto, que con voz dulcísima le hablaba : era una mujer. Está mal dicho, era una niña como de trece á catorce años, á la cual en esa semioscuridad no podían vérsele bien las facciones.

Habló al paseante en voz muy baja, en tono de súplica, en un idioma que él no entendía, y extendiendo su manecilla blanca como para pedir, señalaba con la otra la prolongación de la estrecha calle como para que se la siguiera.

El paseante vaciló.

La niña había salido de la penumbra y á la luz del fanal eléctrico podía verse bien su rostro un poco moreno, como si fuese habitante de las costas meridionales ; sus labios frescos y desdeñosos ; sus grandes ojos, negros y melancólicos, brillando bajo un amas de cabellos negros agrupados sobre su frente bajo una pequeña y sucia gorra adornada con flores marchitas y cintas deshilachadas,

Aquel cuadro de prostitución, de miseria y de belleza casi infantiles conmovió al viajero, pero lo indignó al propio tiempo.

Se negó á seguir la niña. Ella no hablaba francés; pero hablando muy paso siempre en su idioma con acento arrullador, se acercó al viajero, le tomó una de sus manos en las suyas febricitantes, trató de llevarlo consigo. Aquello era ya una súplica, no una provocación.

El viajero le ordenó que siguiese adelante de él, marcándole el amplio sendero del *Boulevard des Capucines*. La niña miró como con miedo aquella estela de luz que se extendía ante ella, se contempló un instante su vestido miserable y, sinembargo, avanzó resueltamente.

El viajero la siguió.

La niña andaba aprisa, muy aprisa. lejos de las puertas de los cafés y los focos de luz de los hoteles y parecía indiferente á cuanto la rodeaba. De vez en cuando volvía á mirar para ver si su acompañante la seguía. Frente al *Gran Hotel* pasó como una cierva perseguida, y al pasar por el *Café de la Paix* rechazó un hombre que quiso detenerla.

El extranjero pensó entonces en las recientes historias,

contadas por los diarios, de muchachuelas así que llevaban á los hombres al Bosque de Bolonia, ó á callejuelas extraviadas en donde eran desbalijados por bandidos que se decían padres ó hermanos de la supuesta víctima. Se detuvo un momento. Habían llegado á la Plaza de la Opera. Allá en uno de los costados del gran teatro, como en dirección al *Boulevard Haussman*, bajo uno de los faroles se diseñaba la delgada y oscura silueta de la niña, como un punto negro en aquella inmensa fosforecencia. Por orgullo y curiosidad el viajero siguió. Caminando así, uno adelante y otro atrás, tomaron por la *Rue de Lafayette* hasta donde ésta se encuentra con la calle *Le Pelletier*, y tomando por esta última cuando el viajero vió detenerse la niña en la puerta de una casa, miró el letrero de la esquina: estaba en la *Rue de* * * * Siniestro aspecto tenía aquella casa con el letrero de todas las que á ellas son semejantes: *Maison Meublée.*

La niña se había detenido á la puerta é invitó al viajero á seguirla. Ambos entraron. En la angosta escalera sin alfombra, que gemía bajo el peso de los que la subían, no había ni una luz.

El débil resplandor del foco de la calle alcanzaba á iluminar los primeros escalones y las formas de un hombre y una mujer que en la sombra se abrazaban. En la segunda escalera se tropezaron con un hombre ebrio que bajaba echando maldiciones. En el tercer piso la puerta entreabierta de un cuarto dejaba entrever el cuadro de una verdadera bacanal. Las mujeres medio desnudas salieron llamando al transeunte y llenándolo luego de improperios. La niña apuró el paso. Al fin llegaron al cuarto piso. Ella abrió cuidadosamente la puerta de su cuarto é invitó al viajero para seguir.

Un débil resplandor de luz llegó hasta el corredor. El viajero entró.

Ni lecho alto y suntuoso de cortinaje espeso, ni lunas de Venecia, ni *chaisse-long* para reclinar una belleza lasciva, nada de lo que los cuartos de placer tienen había allí.

Una arpa muda en un rincón, un violín colgado á la pared, una lámpara casi extinta, un espantoso olor de miseria y allá en un rincón, sobre un sofá desvencijado, encima de un jergón, una mujer enferma, roja por la fiebre, los ojos cerrados con un circulo violáceo, cabellos

ya canosos pegados á las sienes por el sudor y escapándose de una toca húmeda y sucia, y cerca aquella mujer inclinada, como inconsciente, otra de rubios cabellos en cuya nuca blanca y estatuaria jugaban los débiles rayos de la luz, un muchacho como de siete años dormido al pie del lecho y un niño pendido al pezón exhausto de la rubia joven.

—Olga, dijo muy paso la niña al entrar.

La mujer rubia alzó la cabeza que tenía inclinada sobre su hijo, á vista del extranjero se puso en pie, guardó el pecho descubierto, y avanzó hacia el desconocido. Era hermosa; hermosura de joven y de madre. Su palidez de hambre y de miseria le daban el color de una rosa blanca que empieza á marchitarse, Sus ojos, de un verde claro, semejaban uvas marinas, admirable el torso del pescuezo, anchos los hombros, protuberante el seno, perdida en su inmensa bata parecía un modelo de estatua romana de la época de la decadencia.

—Caballero, dijo entre tímida y resuelta. Es mi madre que se muere, y señaló á la anciana. Somos húngaras. Vinimos de Buda-Pesth á tocar aquí en una banda.

Mi esposo era violinista, y mostró el violín, que huérfano parecía sollozar en el rincón. Yo toco el arpa. Mi esposo ha muerto de la *grippe*. Hacía apenas un año que éramos casados.

Como al paso de una bandada de pájaros negros, sombras de recuerdos pasaron por la frente de la joven.

—Con la intención de recojer algo para volvernos, yo tocaba en los cafés y cantaba con esta niña. Hace un mes que mi madre está enferma y ocho días que yo he dado á luz. Los pocos ahorros se han consumido y veinticuatro horas hace que no pasamos alimento. Y ya ve V., la pobre anciana se muere....

Esta noche, dije á Litzka, vé, párate en la puerta, é implora la caridad. La pobre niña ha ido no sé hasta dónde y ha venido con V. ¡Dios sea loado!

La joven doblegó la cabeza bajo el peso del dolor y la vergüenza.

El extranjero tenía madre y hermanas, allá lejos, muy lejos.... Pensó en ellas y en lo mudable de la suerte... Sintió que una lágrima humedecía sus ojos. Puso su portamonedas en las manos de la joven y volvió la espalda

sin escuchar las bendiciones que se le tributaban.

Pronto estuvo en la calle. La noche estaba bella, la brisa fresca, el cielo sereno. Caminó á la ventura. Llegó á los boulevares.

El ruido seguía, el placer continuaba. El viajero, meditabundo, se sentó en un banco.

Estaba estupefacto, como venido de la sombra. Salía del fondo del abismo.

Contempló con tristeza el París que rie; él venía del París que llora.

Y se retiró á su hotel pensando en aquella anciana enferma; aquella joven madre; aquella niña hambrienta; aquella arpa muda; aquel violín sobre el cual parecía, roto el arco, aun vagar la última melodía.

Y pensó en su madre y en sus hermanas, que estaban lejos, muy lejos. . . .

¡INOLVIDABLE!

Oh, l'amour eternel!
Voila l'histoire....

I

RA de verlos, cuando en esas tardes, de los largos crepúsculos y de los bellos celajes, recorrían la playa, hablando de su amor y soñando con la dicha.

La caricia infinita de los vientos del Océano; el hálito abrasado de la playa; la calma triste de la inmensidad marina; la extraña coloración rosa y gris de las olas; el ruido extraño de la soledad nocturna; la vela de los bar-

cos pescadores dibujándose en el pálido horizonte, como el ala de una gaviota fugitiva, toda aquella ola ardiente, embalsamada, pasando sobre sus cabezas como hálito embriagador para dormirlos baja el ala rumorosa del ensueño.

Aquella tarde habían doblado la punta agreste que al extremo de la playa limita la bahía, habían subido sobre el alto peñón, á cuyo pié encrespadas y bravías se parten las olas, y habían descendido hacia el mar, deteniéndose fatigados sobre la roca húmeda, como un par de aves cansadas plegan las alas al llegar la noche.

El pueblo quedaba atrás oculto por el peñasco; la estación balnearia empezaba á hundirse en la sombra; algunos nadadores se veían aún confusamente entre las olas; en la playa hormigueaban los paseantes, y la extensa fila de coches en los cuales indolentemente reclinadas las mujeres con sus lijeros trajes de verano y sus sombrillas multicolores, parecían inmensas flores flotantes, se envolvían en el polvo que levantaban los carruajes, la niebla que se alzaba del mar y la sombra que bajaba de los cielos.

Allá lejos, veíanse las iluminaciones del *Casino*, sobre la punta bravía brillaba el faro, y en el cielo de un azul triste comenzaban á asomarse las estrellas.

Lulú, como á ella la llamaban su madre y sus parientes recinada en la roca, apoyando en la mano su mejilla miraba el mar....

Salpicábanla las espumas, arrullábanla las olas y pasaban sobre ella las aves fugitivas que iban llegando á la ribera.

Su amante, casi á sus piés la contemplaba en silencio, inmóvil, como detenido por una fuerza oculta, la cabeza descubierta, mudo cual si temiese despertarla. Había en sus ojos, sombríos resplandores de religiosa ternura, y con la fijezá del éxtasis la contemplaba, envolviéndose en la dulzura infinita, en no sé que vaga melancolía que respiraba aquel sér querido: la diosa estaba inmóvil y el creyente de rodillas.

Aquella niña adorada, tan sonriente, tan alegre, que ostentaba tan fresca sus diez y siete años y respiraba la alegría de vivir, doblaba su blonda cabeza, y permanecía inmóvil, con sus pupilas fijas en las olas, cual si estuviese hun-

dida en las lejanas lontananzas de un sueño melancólico.

Nunca la había visto así.

Un año hacía que llegando él de países muy remotos y ella de su ciudad nativa, se habían hallado en una estación balnearia, se habían tratado y se habían amado.

El había seguido su viaje acompañado de aquel recuerdo querido y con el dulce dogal de una promesa. Había venido luego á verla en su gótica y nebulosa ciudad á orillas del Rhin y aquel verano se habían reunido en esa playa de mar donde acudían las familias huyendo del cólera que azotaba las grandes ciudades y buscando las brisas del océano para los grandes calores.

Allí la había visto como siempre gozosa, riente, tranquila, mariposa de luz que revoloteaba á su vista agitando sus alas de oro.

Y aquella tarde estaba triste, meditabunda, seria.

¿En qué pensaba el pequeño ángel querido con su cabeza inclinada y su mirada así, como perdida en la sombra? Había en sus ojos la tristeza desmesurada de un sueño desvanecido, la nostalgia de un paraiso abandonado, el asombro de una visión.

—Lulú, Lulú, en ¿qué piensas? dijo él tristemente.

La joven pareció volver de un sueño, sacudió la cabeza, lo miró como agradecida por haberla despertado, un rayo de placer iluminó su faz al verlo allí, pero volviendo á ensombrecerse su semblante, respondió:

—Pensaba en tí.

—¿Ah, por eso estabas triste?

—Nó. Es que soñaba cosas horribles.

—¿Cuáles?

—Nó, nó puedo decírtelas.

—Dímelas, vida mía.

—Nó, aquí nó. Me da miedo.

—Cuéntame.

—Nó. Vamos á casa.

Sacudió su blonda cabellera, se apoyó en la mano de su amigo y se puso de pié.

Caminaron silenciosos en la sombra. Descendía el sol y avanzaba la noche. Había pálidos luminares en el cielo y sombras en el monte. Inclinada sobre el hombro de su amante, dejando atrás la roca agreste, las olas rujidoras, recibiendo el beso caliginoso de la noche, marchó

pensativa, dialogando con su sueño en el seno de las tinieblas pálidas....

II

Concluía el otoño soplaban vientos del Norte y caían las primeras nieves.

El crepúsculo anticipado y el cielo plomizo hacían negro el mar que se estrellaba con gemidos lúgubres y se agitaba murmurando su himno eterno, sin cadencias y sin ritmo.

Desierto el poblado....No había luces en la ribera ni paseantes en la playa.

Doblábanse los árboles bajo el ala húmeda de un viento tempestuoso, ni una vela cortaba la monotonía del horizonte pálido, rumores siniestros poblaban el espacio; extremecíanse los líquenes sobre las desnudas rocas y pájaros marinos de forma extraña voloteaban buscando sus nidares en la peña.

El paseante solitario, cuya alta silueta, prolongada por el sol poniente se había proyectado en la desierta cumbre, descendía hacia el mar.

Llegando á la orilla, donde ya las espumas le mojaban las plantas; allí cerca aquel mar alborotado, bajo aquel cielo plomizo, sobre aquella negra roca meditó....!

¿Dónde estaba ella, la compañera de sus paseos solitarios, la que con él había estado allí, la que le había prometido no abandonarlo nunca? La niña sonriente y parlera, la de la cabellera blonda y los ojos azules ¿dónde estaba? Había partido.

Después de aquella tarde del ensueño sobre esa misma roca ¿qué había pasado?

Él mismo no acertaba á darse cuenta, los trágicos acontecimientos le voloteaban en el cerebro.

El funesto azote había llegado.

El cólera, el cólera, oía él decir por todas partes. El himno de su amor apagaba en sus oídos el fúnebre *crescendo.*

Los bañistas emigraban, las casas quedaban solitarias, la muerte había llegado.

Era necesario partir y partir con ella.

Era la víspera del viaje, estaba aquella noche tan encantadora, tan sonriente, tan tierna, que le había costado

más pena que nunca abandonarla para irse á su hotel.

Al salir á la calle había sentido frío, luego un malestar extraño, y luego espantosos dolores.

Quiso recojerse tranquilo, le fué imposible.

Entonces llamó.

Cuando los criados llegaron, él, lívido, contraído, se agitaba en el lecho.

—¡El cólera....! ¡El cólera....! así gritaron todos y quedó solo.

¿Cuánto estuvo así? No lo sabía.

Luego había tenido como una visión divina, las puertas de su cuarto se habían abierto, y Lulú, destrenzado el cabello, llenos de lágrimas los ojos, blanco el traje y rojas las zapatillas, había avanzado á su lecho, le había tomado la cabeza en las manos, lo había besado con pasión y se había establecido á la cabecera de su cama.

¿Cuánto duró esto? Lo ignoraba.

Cuando volvió en sí, rostros de convalescientes en torno suyo, un médico anciano á la cabecera de su lecho y un ardoroso rayo de sol, penetrando á través de los cristales: estaba salvo.

Preguntó por ella. Todas las familias habían abandonado la población. Y, ¿ella? Ella también.

Cuando salió á la calle y bajo un sol ardiente y una brisa marina, atravesó aquellas calles desiertas, pasó frente á las casas cerradas y se dirigió á aquella que era el nido vacío de sus amores.

Había allí el silencio de muerte que se extendía por todo el pueblo. Los árboles descuidados, las flores mustias, las puertas cerradas.

Vagó en torno al hogar desierto recordando los lugares queridos y lleno de tristeza se apartaba ya, pensando en el sér que lo lloraba acaso allá en su nebulosa y gótica ciudad, cuando tropezó con un anciano que cuidaba el jardín.

—¿Desde cuando está vacía esta casa?

—Desde el principio del cólera.

—¿Y á dónde se fueron sus habitantes?

—La señora se fué á C....

—¿Sola?

—Sí Tenía una niña pero quedó aquí.

—¿Cómo....?

—Sí señor. Ella tenía un novio á quien le dió el cólera la víspera de irse juntos. Se rebeló á marchar sin él y burlando la vigilancia de la madre, huyó á su lado y se puso á cuidarlo. Allí fué atacada por la enfermedad y murió á pocas horas....

Y extendiendo su mano dijo:

—Está enterrada allí, y mostró el lugar del cementerio del pueblo.

—Yo mismo la enterré, está á la sombra del muro, bajo una enredadera cerca á un rosal cuyas flores empiezan á morirse con la nieve.....

. . . . . .

Ni una estrella en el cielo, ni una luz en la playa, cuando el sobreviviente de aquel trágico amor se puso en pié. Solitario y pálido ascendió por el sendero y se perdió entre las rocas.

El cielo era gris, caía el agua y allá en la punta borrascosa, bajo las pálidas brumas, el faro daba lívidas claridades, soplaba el viento y se estrellaba el mar contra la roca negra.

III

Al día siguiente, al levantarse el sol entre los cantos de los pájaros y el murmullo de las olas, lo hallaron con las manos crispadas y la frente en el polvo, en el cementerio, allá á la sombra del muro, bajo una enredadera, cerca á un rosal de flores entreabiertas que empezaban á morirse con la nieve....

IV

Tres años después en el hotel de una gran ciudad.

—No tomemos este tren.

—¿Por qué?

—Porque se detiene en B....

—¿Y qué?

—Allá fué la Historia de Lulú.

La esposa hace un mohín de celos retrospectivos, el esposo le ciñe el talle con el brazo, le da un beso en los labios y le dice muy paso.

—No seas tonta. Si yo no he amado sino á tí....

SUPERSTICION.

¿Te parece extraño que yo, que no soy cobarde ni creyente, tenga una especie de miedo á esos animales? me decía mi amigo Jorge, tratando de dominar la impresión nerviosa que le había producido la vista de una mariposa negra, que después de volotear en torno de mi lámpara, había ido á posarse en la moldura de un espejo, agitando intermitentemente sus negras y deformes alas.

—Ya lo creo.

—¿Conociste á mi prima Berta?

—¡Oh sí, bellísima mujer!

—Pues oye; á ella se refiere lo que voy á contarte:

Tú sabes bien que yo la amaba como á una hermana. Había crecido y vivido al lado de nosotros, por desgraciadas razones de hogar que tú conoces. Esta lejanía de su madre, separada de ella primero y muerta después; el despego con que la trataba mi tío, que vengaba en el desamor á la hija la ofensa hecha por la madre, y que sólo de vez en cuando le escribía desde Europa; la soledad de nuestra vieja casa de familia, todo había hecho su carácter miedoso, meditabundo, lleno de supersticiones.

Recordarás que su belleza tenía algo de raro y de triste. Sus grandes ojos negros, que miraban como asombrados, tenían á veces extrañas vaguedades, estupefacción como de sueños medrosos, como si todas las soledades de su vida se reflejasen en ellos; era una mirada que infundía una tristeza infinita y atraía con fuerza hacia aquella criatura desventurada. Todo en ella era flebil y armónico. Su elegancia tan ponderada nacía casi de su

propia delgadez; la distinción de su rostro venía más que de sus facciones de aquella palidez marmórea que no se alteraba nunca y de la extraña sombra que proyectaba sobre su frente aquella inmensa cabellera castaña tan indómita cuando no se la dejaba despeñarse en ondas hasta más abajo de la cintura. Esa extraña debilidad de su cuerpo parecía haberse comunicado á su espíritu. Creía en los presentimientos, en los aparecidos, en el destino. Soñaba con los muertos y creía sinceramente en los fantasmas. No adornó nunca su cuello, ni engalanó sus dedos con una perla por ser piedra fatídica, y cuantas le dejó su madre en su herencia de mundana rica las regaló á una virgen de la iglesia de nuestro pueblo. Aconsejaba á los niños no apedrear las golondrinas, porque se hacían desgraciados. Pero sobre todo, su preocupación mayor era ese animal, ese funesto animal, dijo mi amigo casi con furia, mirando la mariposa que inmóvil sobre la moldura del espejo parecía prestar atento oido á nuestra conversación.

—Pobre Berta, continuó Jorge; y tenía razón, como vas á verlo.

Después de aquellos tres años, que tú recuerdas, en que estuvimos juntos en el colegio, volví á mi pueblo natal.

En mi casa no había sino mi madre y Berta; mi padre había muerto ya.

Con el cariño de esta madre y de esta hermana, que no otra cosa era Berta para mí, me consolaba de mi orfandad paterna y de las desgracias pecuniarias que habían ocasionado mi retirada del colegio.

Berta había crecido mucho, se había hecho bellísima; pero habían aumentado también en ella ese sentimentalismo exagerado que fué la desgracia de su vida y ese miedo á lo sobrenatural que era su tormento.

Fué en ese tiempo cuando ví por primera vez el miedo que profesaba á esos funestos animales. Y al decir esto mi amigo miró la mariposa como temeroso de que oyese su calificativo insultante.

Vivíamos entonces, continuó, en *El Amparo*, la quinta esa que tú conocistes y que queda á unas diez cuadras distante del poblado.

Una tarde habíamos ido con Berta á visitar unas ami-

gas suyas á una hacienda cercana y regresábamos casi al anochecer. Era una puesta de sol espléndida. Tú conoces el valle de *Sorento*, donde queda mi pueblo. Los árboles que amparan los cafetales frondosos hacían más oscura la sombra que la noche iba extendiendo en el cielo. Sobre la lejana sierra del *Robledal*, el sol rojo como un globo de fuego parecía como si fuese el incendio de la selva, y algunos robles, como fugitivos por las escarpaduras, diríase que escapaban de la catástrofe; las nubes parecían como inmensos pájaros salvajes; sobre la altura de la *Concepción*, la blanca capilla de la vírgen semejaba una paloma que hubiese posado el vuelo, allí sorprendida por la noche, y el valle cubierto por la sombra parecía un *bouquet* de naranjos, lirios y terebintos, sobre el cual alzaban sus flores rojas los guayacanes.

Yo iba adelante, domando un potro que con tal objeto había montado, y Berta me seguía en su caballo *Tordo*, que ella dominaba tan bien.

Con lo poco de poeta que hay en mí iba contemplando este crepúsculo admirable que doraba el cielo de mi nativo valle, cuando oí un grito angustiado de Berta.

Volví á verla. Ella había soltado las riendas ; pálida, como enloquecida se llevaba las manos á la cabeza, gritando : quítamela ! quítamela ! y arrojó lejos el sombrero.

A este movimiento el caballo se espantó, y no teniendo riendas que lo sujetaran, partió en carrera tendida por el descenso. Berta cayó al suelo : enredada en el traje fué arrastrada por el caballo, que ansioso de libertarse del peso que llevaba, le puso por dos veces las patas en el pecho.

Yo alcancé á socorrerla : la recogi exánime del camino y recliné su cabeza contra mi pecho. Tenía los ojos cerrados y oleadas de sangre le salían de la boca.

Campesinos cercanos me ayudaron á conducirla á casa.

Era ya muy tarde de aquella noche triste, cuando mi madre se acercó á la mesa donde la buena mujer que había recogido el sombrero de Berta lo había colocado.

Al desdoblar el velo de encaje blanco, algo extraño salió de entre sus pliegues ; cayó al suelo primero y luego se alzó con torpe vuelo y fué á posarse entre las blancas cortinas de la cama de mi prima.

Era una mariposa negra. La misma que saliendo de entre el bosque había ido á pararse en el velo de Berta, ocasionando la catástrofe.

La niña dormía, pero estaba herida de muerte. Su funesta enfermedad del pecho nació de aquella caída.

Calló mi amigo y clavó una mirada de rencor en el extraño animal, que como para oir mejor se había pegado al estante de libros cerca del cual conversaba él.

* * *

Un año después, continuó Jorge, Berta y yo conversábamos en la sala de la casa.

No se hablaba sino de la guerra.

El país, de un extremo á otro, era un campamento. Ejércitos que cruzaban en diversas direcciones; tropas ligeras que ocupaban y desocupaban el pueblo; ruidos de encuentros parciales y de batallas era lo único que había.

Mi prima, que hacía apenas cuatro meses había celebrado su compromiso de matrimonio con Alejandro D*** á quien tú conociste también en el colegio, estaba inquie-

ta porque hacía ya quince días que nada se sabía de él.

Yo le hacía creer que estaba en Bogotá, y que los correos no podían circular por motivo de la guerra, ocultándole que había salido de la capital enrolado en un ejército y que de un pueblo cercano me había escrito anunciándome que seguía al Norte con las fuerzas de Solon Wilches.

Yo temía mucho impresionar su carácter nervioso lleno siempre de ideas negras y de tristes presentimientos.

La noche era fría y lluviosa, el pueblo estaba solitario, la calle fangosa parecía un arroyo de lodo, las casas todas estaban cerradas, los perros ahullaban tristemente, y sólo el paso de las patrullas y el *¡alto, quién vive!* interrumpían el silencio.

Berta estaba más nerviosa que nunca. Su mirada llena de susto se fijaba en la lámpara y se extremecía al menor ruido que de fuera llegaba.

—Cierra la puerta, me dijo con voz temblorosa.

Fuí á obedecerla y al acercarme á la puerta sentí que algo se desprendía de la cornisa: era una mariposa que fué á revolotear encima de la lámpara.

Berta dió un grito horrible y se refugió en un rincón,

con los ojos y la boca abiertos, temblando como azogada.

—No temas, le dije. Ahora la mataremos; y tomando uno de los cojines del sofá, lo tiré contra el muro donde se había detenido el animal. Torpemente dirigido, cayó sobre la lámpara y quedamos en tinieblas.

Berta exhaló un gemido. Corrí á su encuentro en la sombra y alcancé á tomarla en mis brazos.

Mi madre, que acudió á los gritos, hizo luz en el aposento; pusimos sobre un sofá á la pobre niña desmayada.

Mientras mi madre la hacia volver en sí, yo busqué la funesta mariposa.

Allí estaba, allí sobre el marco pequeño del retrato de Alejandro, proyectando una sombra triste sobre aquella cabeza juvenil.

Pocos días después supimos la funesta nueva. Había muerto peleando como un héroe en la *Donjuana*.

Era el 27 de Enero, el mismo día del accidentede Berta.

* * *

Desde entonces empezó á declinar visiblemente. Nada la consolaba.

—Ya te lo he dicho, yo no seré nunca feliz, me repetía constantemente.

En vano hacíamos por distraerla, y nos conformamos con tratar sólo de prolongar los días de aquella existencia tan querida.

Entonces nos trasladamos al *Juncal:* ya conoces la vieja casa situada sobre la eminencia y el llano árido.

Allí el paisaje es triste, el horizonte monótono; pero los aires puros son la salud de los tísicos.

Una noche de Diciembre, en que había estado muy enferma, mi madre y yo le hacíamos compañía.

Vestida de negro, como acostumbraba desde la muerte de Alejandro, reclinada en almohadones, sobre uno de los cuales la trenza inmensa de su pelo parecía una serpiente que se despereza, hacía esfuerzos por hablar y sonreía ante la muerte que veía avanzar hacia ella.

Mi madre, acariciándole la cabeza, trataba de desvanecerle las ideas lúgubres, y yo, sonriendo forzado, hacía burla de sus presentimientos.

Yo sabía bien que no eran infundados; hacía días que esperaba el resultado.

La menor emoción la matará, había dicho el médico. Los tísicos mueren hablando.

Era ya tarde.

Mi madre se había dormido al lado de la enferma y Berta, cerrando los ojos, parecía dormir también.

De súbito dió un grito, su grito nervioso de siempre.

Me acerqué á verla. Trémula de temor no podía hablar y con el dedo me señalaba algo. Volví á mirar. Allí, sobre el muro, como un pequeño abanico, extendía sus dos alas una mariposa negra.

Ciego de rabia me lancé contra el animal. Lo perseguí por todo el cuarto.

Tumbando mesas, hollando muebles, logré apoderarme de él.

Lo traje cerca á la cama, tomé un alfiler, y desde un punto donde Berta pudiera verlo bien, lo clavé á la pared.

La mariposa cruzó sus alas sobre las espaldas. Después las agitó por tres veces lenta y pausadamente....

A la tercera vez no se movió más.

Había muerto.

Entonces volví á ver á mi prima para hacerla gozar de mi triunfo.

Con los ojos demesuradamente abiertos, mirando la mariposa, pálida, desencajada estaba la niña. . . .

Había muerto también.

* * *

Calló mi amigo bajo el peso del recuerdo doloroso.

Entonces me levanté para arrojar fuera el siniestro huésped que aún permanecía sobre el estante.

Como si lo hubiese comprendido, la mariposa alzó el vuelo, y voloteó y revoloteó hasta venir á posarse sobre la pechera inmaculada de la camisa de mi amigo.

Lívido, temblando, Jorge retrocedió ahogando un grito, y yo dejé caer mi mano sobre el animal, que cayó al suelo dejando un polvillo negro en la pechera irreprochable.

En ese momento tocaron á la puerta.

Era un telegrama para Jorge.

Ábrelo tú, ábrelo tú, me dijo temblando.

Lo abrí. Era de su esposa. "Mamá se ha salvado" le decía.

Era que su suegra, atacada de parálisis, estaba esperando la muerte por momentos, y los médicos la habían salvado.

—No te lo decía, murmuró Jorge pasándose la mano por la frente. Yo esperaba ya una mala noticia. Tenía que pasarme una desgracia.

Y dió con el pié á la mariposa muerta.

—Por este animal, por este animal, gruñó con cólera, y se marchó.

Desde entonces tengo miedo á las mariposas negras. Son fatales.

PASIONALES.

(GÉNESIS DE UN LIBRO).

I

DESPUÉS de tánto tiempo, para tí, y solo para tí, voy á escribir este libro.

Es un monólogo de mi alma, una recitación á *sotto-voce* de las recias tormentas de mi vida.

Himno y plegaria, imprecación y queja, cual las confusas olas de un torrente, mezclados correrán en estas páginas.

Como se proyecta la sombra de una ave con las alas entreabiertas sobre el inmenso témpano de hielo, así se proyectará la sombra de mi alma en la nívea blancura de estas hojas.

La huella de un animal herido se nota en los bosques por la sangre que deja en pos de sí; las almas mártires y fugitivas también dejan impresa su huella de dolores.

En estas páginas podrás ver la huella de la mía.

¡Silencio! me dirá tu alma abatida. El amor no necesita como las religiones de culto externo. Adórame en el misterio de tu alma. Me basta tu corazón por tabernáculo, por sacerdote tu cariño, por himnos el rumor de tus palabras y por ofrendas tus besos ardorosos en silencio.

Ay! alma mía, la lava del volcán no cabe adentro, el torrente rebosa y se despeña: déjame que te cante en este libro!....

Acaso no lo leerás nunca y morirá en el olvido.

El silencio es el culto de los grandes amores.

Si un ojo extraño pasara sobre las hojas escritas de este libro, careciendo como carece de nombres propios se perdería en hipótesis.

La pálida proyección de una alma, la sombra de un amor, el confuso perfil de un sér doliente, el comenzado esbozo de una historia, eso solo hallaría sobre estas hojas.

No temas que nos vendan mis cantares, ni que haya quien persiga nuestras huellas.

Las soledades del dolor como las del desierto no tienen derrotero.

Los leones de la Livia, se escudan con las reberberaciones del sol para no ser vistos por los cazadores; así nosotros sabremos ocultarnos entre los rayos ardientes de nuestra propia pasión, para no ser vistos.

Además, yo he suprimido tu nombre en este libro, es decir, he apagado el sol sobre su cielo, le he robado la luz.

¿Quién podría tener interés en seguir la huella de dos almas fugitivas, en medio de una noche tan oscura?

Se estudia el derrotero de los astros y el camino de la luz, mas, ¿quién se cuida del rumbo de dos girones de sombra, impelidos por el viento? Que vayan á engrosar la nube negra de una tempestad, ó á perderse en un océano de luz, ¿qué importa su mísero destino al ojo indiferente?

La humanidad tiene horror al dolor como al vacío: no gusta inclinarse sobre él para mirarlo. Tiene miedo, porque lo lleva en el fondo de sí misma!....

¿Acaso la oscura lucha de dos almas tiene necesidad de espectadores?

¿Son menos grandes las tempestades de los mares del Polo, porque no haya en sus desiertos quien contemple la conjunción admirable de los fulgores del cielo con esos mundos de nieve?

Su soledad constituye su grandeza.

Así como en nuestra pasión!....

En otro tiempo, los hombres fanáticos por su Dios, se retiraban al silencio de las montañas, bajo las abruptas rocas para adorarlo allí en la soledad y el aislamiento.

Así yo, aislado de todos los afectos me he refugiado en el tuyo para rendirte un culto cuasi divino.

Yo soy el solitario de tu amor, el cenobita consagrado á tu recuerdo y tengo el fanatismo de tu pasión.

Aquellos hombres buscaban la soledad para adorar su Dios. Yo también me he refugiado en ella para adorarte á tí.

Ellos alzaban sus cantos en el misterio. Yo también.

Este libro es mi plegaria.

Amar es adorar.

El canto del amor es la oración.

Así mis pensamientos, mis recuerdos, mis dolores, mis ilusiones, correrán solitarias en este libro, como esos arroyos ignorados que bajan de la montaña á la llanura, sin más ruido que el murmullo de sus olas, ni más testigo que el desierto en que han nacido, y cuyas olas no han reflejado más en su azuloso seno que los robles centenarios, las lianas trepadoras, las flores salvajes y las campanillas azules de las selvas que han atravesado.

Este libro no refleja más que tu amor y tus recuerdos.

Si algún dia llegaras á inclinar sobre él la frente pensadora, podré decirte parodiando á un poeta :

"Asomándote á este libro, creerás que te asomas á un lago cristalino al ver brillar tu imagen en el fondo."

II

Pálida estaba la tarde, porque el cielo también tiene sus palideces sombrías.

Caía sobre la naturaleza esa luz vacilante y opaca que hace crecer de formas los objetos y los torna en medrosos. Era como un crepúsculo anticipado.

La naturaleza parecía estar enferma como mi alma y triste como mi corazón.

Los árboles de la altísima montaña, se balanceaban melancólicamente, sacudiendo las últimas gotas de agua que la lluvia que acababa de pasar había dejado en sus hojas.

Girones de niebla vagaban todavía perezosos en el fondo del monte sobre los pequeños arroyos acrecidos y nubes húmedas y frías erraban por el cielo.

Las aves azoradas por la tormenta apenas comenzaban á desentumecer sus alas sacudiéndolas y gorgeando en en torno de sus nidos.

Así, viajero solitario y triste llegué á la cumbre.

Desde alli se divisaba el valle!....

El sol, que iba descendiendo, lo bañaba en torrentes de luz, ardientes pero tristes como el último amor de un anciano; el río serpenteaba como sobre un manto de dehesas verdes, y cual un niño juguetón se ocultaba á tre-

chos bajo la mancha verdi-negra de una arboleda, para tornar á aparecer luego regando un campo de amapolas y adelfas.

Acá y allá dispersos los cortijos, con sus hermosos cuadros de legumbres y cercanos á las casas los jardincillos de jazmines y alelíes, rosas y violetas, ocultas entre el jaral arrullando las torcaces, mientras bandadas de diversas aves regresaban á sus nidos donde ansiosos aguardaban sus hijuelos.

Más allá, el pequeño pueblo con sus pajizas casas sobre las cuales descollaba la blanca torre de la iglesia, como una paloma madre amparando sus polluelos.

¡Tánto calor, tánta vida, tánta poesía abajo, y tánto frío, tánta soledad, tánta sombra arriba!....

La inclemencia estaba conmigo.

El alto y desnudo picacho desde el cual contemplaba el valle, no recibía ni una de aquellas auras embalsamadas que jugueteaban abajo, heladas ráfagas agitaban las pocas lianas que pendían de él y la noche empezaba á cubrirlo mucho antes de envolver la llanura entre los pliegues de su manto.

Como un pájaro salvaje, parado en el borde de aquel peñasco, absorto y solitario, contemplaba el sublime espectáculo.

La poesía contemplada desde la soledad, el ruido desde el silencio, el movimiento desde la quietud, las fiestas exhuberantes de la vida desde las fronteras de la muerte!...

Yo, el viajero enfermo, perseguido y pensativo, oculto en aquella soledad donde moría la vida de la naturaleza, y se agostaba la mía, contemplaba el esplendor, la exhuberancia, la luz!

La campana tocó en la torre.

El recuerdo tocó en mi alma.

La una llamaba á la oración y el otro á la meditación.

La noche caía sobre el cielo y la tristeza sobre mi alma.

Entonces me abismé en muda meditación.

Como bandadas de palomas asustadas, los recuerdos brotaron en mi mente.

Y asi, como desde aquella abrupta soledad veía los valles rumorosos y encantados, desde las alturas de mis seis lustros arrojé una mirada á mi pasado! Ah! florido

valle de mi vida lleno de ilusiones y de amor, de encanto y de ventura! Primavera de mi alma ¿dónde estás?....

Como en el fondo de aquel cuadro de la naturaleza irradiaba el sol, así en el fondo del cuadro de los recuerdos apareciste tú, absoluta, única, esplendente!

¡Hubo luz en mi alma!

Y sentí las reverberaciones, las vehemencias, los anhelos inextinguibles de aquel amor atrevido, inusitado, supremo, que ha sido encanto y savia de mi triste vida.

Como un cadáver galvanizado, la ilusión se levantó en mi alma.

Y pensé que mi soledad se poblaba de visiones divinas, que la árida roca se cubría de flores, los raquíticos arbustos se hacían árboles para darte sus ramas por dosel, que yo te coronaba de silvestres flores, y de rodillas á tu lado, con tus manos en las mías, bebiendo miel en tus carmíneos labios é inspiración sagrada en tus pupilas, te cantaba los himnos de mi amor hasta sentir doblarse tu rubia cabeza sobre mi hombro, languidecer de amor tu audaz mirada, y en mis brazos, de amor extremecida, entre sus-

piros, lágrimas y besos, volver á leer las olvidadas páginas del poema ardoroso del amor!....

Ay! pasó la visión y abrí los ojos!

. . . . . .

. . . . . .

Abajo los pájaros cantores, el río murmurador, las mansas fuentes, las brisas rumorosas de los valles, alzaban un himno al Sol que descendía.

¡Inmenso epitalamio de la luz!....

¡Pensando en el Sol pensé en tí!

Y entonces murmuré:

—La naturaleza hace un himno al astro que le da la vida, yo también haré un himno á *ella*, que ha sido el Sol y el fuego de mi vida.

Estas páginas son ese himno.

Como un pájaro moribundo que aún extiende las alas, yergue el cuello y ensaya gorgear, así, yo ensayo para tí mi acento triste, eco de la honda soledad de mi alma.

Es una confidencia, un murmullo, el eco de un recuerdo.

Monólogo de un alma, que va á otra, como el polen

ardiente de las palmas en las alas fluctuantes de la brisa y al rumor amoroso de la noche.

No es el canto de la alondra al asomar el Sol: nuestra aurora está ya muy lejos!

Es un himno de la tarde, acompasado y triste, que tendrá la cadencia de una plegaria, la palidez del crepúsculo y el vago rumor de lo que muere....

Será el canto de un cisne que agoniza, contemplando una estrella, que se hunde en el pálido azul del firmamento!

CLAUDIO.

PORRÁBASE la luz en el cielo.

Livideces sombrías que ya no coloreaba el sol, formaban uno como nimbo pálido á las estrellas que iban asomando lentamente.

Allá la casa de la *hacienda*, oculta entre naranjos y árboles copudos; los potreros monótonos, con las vacadas apacibles; los cañaverales amarillos, poblados de palomas y tordos salvajes

y palomas azules; y, más allá, la negra proyección de la montaña, á cuya orilla, manso y apacible se arrastra el río; retratando en sus ondas perezosas aquel cielo gris y triste de una tarde brumosa, que hacía pensar en la ausencia y en la muerte....

Solitaria y pensativa bajaba la vereda la niña de los ojos verdes y los cabellos castaños que era el encanto y la alegría de aquellos campos y como una ninfa escapada á las compañeras de Diana, hollando apenas la menuda hierba se perdió en los cañaverales susurrantes llenos de melancólicos ruidos....

Al pié del arroyo, en la hondonada sombría, bajo los sauces llorones; sentóse meditabunda y esperó....

Su mirada triste y vaga hundíase en el fondo oscuro de la selva y alzándose luego parecía interrogar el horizonte.

El canto de un gandul sonó á lo lejos. Vibró en el aire el sonido de aquella voz adolescente mezclada al murmullo apacible de las ondas del arroyo, y al ruido del viento que jugaba con las hojas desprendidas, entre los cañaverales de la orilla.

El rostro de la joven se alegró al sonido de la voz amiga.

Pronto en la orilla opuesta del río, vióse aparecer al joven campesino que cantaba. Parecía un pescador napolitano con sus cabellos negros caídos sobre la frente, su mirada resuelta y algo sombría y su pálida tez morena tostada por el sol.

Á la vista de la joven tuvo uno como resplandor de alegría, pasó el arroyo, saltando de piedra en piedra y llegó hasta ella.

—¿Qué haces aquí?

—Vine á ver si Pedro llegaba.

Inmutóse el rostro del muchacho, una nube sombría le pasó por la frente y calló.

—¿No lo has encontrado por ahí?

—Nó.

La joven suspiró.

—¿Lo esperabas?

—Sí Me había dicho que vendría esta tarde.

Y al hablar así los ojos de la niña se humedecieron.

—¿Lo quieres mucho? preguntó él con voz convulsa.

—Sí, mucho, ¿crees que de otro modo me casaría con él?

Es verdad.

Calló el joven, y quedó como abstraido en su pensamiento doloroso.

—Ayúdame á bajar, díjole ella, que por mirar á mayor distancia habíase encaramado en una piedra, y le tendió los brazos.

Tomóla él por el talle y la puso en el suelo. El seno de la joven estuvo cerca de su rostro, y su cabellera perfumada le rozó las mejillas. Soltóla el muchacho como una brasa ardiendo y se quedó temblando....

Lijera como una ardilla la joven trepó por el sendero y bien pronto desapareció en un recodo del camino.

Entonces puso sus manos sobre la piedra en que ella había estado, reclinó allí la cabeza y meditó.

Toda la corta y desgraciada historia de su vida le pasó por la imaginación.

La noche aquella en que su padre, antiguo mayordomo de la hacienda, ya moribundo, lo recomendó á la *Señora;* todo el cariño, las atenciones y la solicitud que

aquella mujer angelical había tenido para él; en aquella casa había vivido no como el huérfano de un antiguo sirviente, sino como un hijo. Allí había engrandecido al lado de Elisa, esa joven hoy tan hermosa y que lo miraba como su hermano; juntos habían corrido por aquellos prados, trepado por esos senderos, jugado al escondite en aquellos cañaverales y le parecía oir aún el grito de sorpresa y el sonido argentino de su carcajada infantil al ser hallada bajo algún ramal espeso de cuyas hojas salía lleno el cabello como si llevase la corona de una sacerdotisa antigua.

¡Cuán inocentemente habían crecido, obedeciéndola él hasta en sus menores caprichos, acabando de domar os caballos que para ella eran destinados, cuidando su perro favorito, poniendo trampas para aprisionarle turpiales y mirlas blancas, y trayéndole para adornar su altar los helechos más raros y las flores más preciosas de la montaña! ¡Con cuánta piadosa admiración la contemplaba al venir del baño, fresca como una azucena húmeda todavía por la reciente lluvia; su cabellera de un color castaño oscuro que casi era negro; tersa la cutis de su

rostro pálido lijeramente coloreado de rosa; y entre sus negras pestañas sus ojos verdes de un color oscuro como el del limo de ciertas aguas estancadas bajo grandes hojas negras, y que son las primeras en cubrirse de sombras cuando la tarde muere! Y aquellos largos paseos á caballo, el reposo bajo los árboles, en los bosques odorantes; y el regreso á la casa, lento y pausado, con el silencio de tristezas sin nombre y la melancolía de esos vagos crepúsculos otoñales.... Y la vez primera en que ya salido de la adolescencia, se había sentido hombre en presencia de ella, cuando al pasar un arroyo acrecido se había alzado tánto el traje, que había dejado ver formas esculturales. Y otra vez que había tenido que cerrar los ojos para no verla salir de las ondas del arroyo como Venus de las espumas del mar.... Su castidad indolente y orgullosa, proveniente de una especie de atonía que el deslumbramiento de aquella belleza le había producido: era su arquetipo, fuera de ella, nada lo deslumbraba, ni despertaba deseos en su naturaleza sugestionada así.

Todos sus sueños, y sus desvaríos virginales, todos los idilios de su imaginación agreste, todas las energías

de su alma adolescente, todas sus tristezas bravías, sus pasiones embrionarias, su vida toda, no había tenido más que un solo objeto: ella.

¡Y lo venía á comprender ahora! ¡Ahora que se la arrebataban!

Haber vivido toda su vida cerca de ella y para ella, en un culto contemplativo, en un éxtasis semi-divino, en un anonadamiento completo de sí mismo; en la piadosa tarea de adorarla para que vinieran luego y en un instante á romper su ídolo, á apagar su sol, á llevarse su vida...

Había bastado que un hombre extraño viniese á esa soledad, que se acercase á ella, para que ese desconocido poseyese su corazón y hablase de llevársela...

Se casaría y se iría.

Y él quedaría solo en aquellos campos, en donde había vivido con ella y para ella.

¡Y acaso no volverían nunca!

Se llevaban su vida y ni ella ni él lo sabrían jamás.

Lo matarían riéndose y besándose.

¡Ah besarla á ella! ¡á ella, que era todo para él!

Entonces tuvo extremecimientos de soberbia y languideces de dolor.

Alzó al cielo su faz indignada llena de lágrimas.

Después se puso en pié y se dirijió á la casa.

La noche había llegado, la atmósfera tenía olor á cañaverales, murmuraba el arroyo y la última paloma azul, arrullaba tristemente en los jarales cercanos

II

Abajo rumoroso el torrente, poblando la hondonada con el ruido de sus aguas tumultuosas y mugidoras que estrellándose de piedra en piedra, salpicaba de espumas los líquenes de la orilla y envolvía en una como gasa de niebla las florecillas azules y blancas que esmaltaban la ribera. Los pájaros azorados volaban de una á otra orilla y los añosos árboles se inclinaban como para tratar de adormecer aquel inquieto y rumoroso hijo de las selvas.

A un lado y á otro, las alturas inmensas. Rocas como tajadas á cincel, hechas para nidos de águilas y serpenteando por las laderas abruptas, los senderos abiertos por los cazadores de venados.

En lo más alto de una roca, en el pico enhiesto, á la sombra de un árbol estaba un hombre. Inmóvil, confundíase de lejos con el tronco del árbol mismo. Era Claudio. Apoyado en su escopeta esperaba, ¿qué? el paso de la presa.

Oíase á lo lejos el grito de los cazadores y el ladrido de los perros. Claudio meditaba.

—Aparecerá por aquel sendero—decía él—vendrá persiguiendo el venado.

—Yo apuntaré desde aquí al animal y.... le daré á él.

—El tiro será infalible. Yo bajo desde aquí unas tras otras las bellotas de aquel árbol ¿cómo no darle á él? Una vez herido en el sendero, rodará al abismo, sus manos no tendrán de que agarrarse y caerá en el torrente hecho pedazos. Las ondas harán lo demás. Ella llorará un poco, se consolará al fin y no se irá nunca.

En aquel monólogo del delito, sostenido al borde del precipicio, la figura del joven campesino se movía inquieta en el fondo verde-oscuro de la selva.

Lijero como un corzo, descendió algo más por el abrupto peñón y deslizándose por entre las ramas, se

acostó en un árbol que avanzaba su tronco centenario sobre el abismo.

Allí preparó el arma y esperó.

Los gritos del cazador y el ladrido de los perros se acercaban. La presa estaba cerca. Con la mirada fija en el único punto en claro de la opuesta orilla, Claudio, anhelante y trémulo esperaba. Por allí pasarían ambos, el venado perseguido y él.

Pronto se escucharon las voces de los cazadores, vióseles aparecer y desaparecer entre los zarzales y el ruido de guijarros que se desprendían hacia el torrente marcaban la aproximación del venado.

Claudio tomó la puntería. Asombrado y mirando hacia el torrente, un ciervo jadeante cruzó de un salto aquel pedazo de sendero en descubierto.

Un leve extremecimiento de hojas indicaba la aproximación de la víctima. No había duda. Pedro asomaba.

Claudio disparó. El segundo ciervo que salía del matorral en aquel momento, cayó herido en el salto.

—¡Bravo, Claudio, bravo! Gritó Pedro, asomando su

cabeza por entre las zarzas de la orilla opuesta. ¡Muerto, bien muerto está!

El campesino absorto se quedó como mirando en la sombra, inclinó la cabeza y contempló el abismo á sus pies.

Estrellábanse las olas, mugía la corriente, jugueteaban las espumas y pájaros mudos volaban en redor.

Recojió su escopeta y emprendió silencioso la ascención del peñasco.

Después descendió al valle.

Brillaba el sol, cantaban los jilgueros, las flores silvestres abrían sus cálices y oculta en el follage se alzaba la casa solariega.

Allí estaba ella que había salido hasta el patio al encuentro de su amante.

Él la enlazó por el talle y ebrios de felicidad entraron á la sala.

—Así se la llevará mañana, murmuró Claudio con voz ronca.

Y ahogando un suspiro se perdió en las oscuras alamedas del jardín que rodeaba la casa y desapareció en la

penumbra del ramaje y de la noche, en medio de la sombra y el silencio.

III

Aquel día cuando entre los cantos de los pájaros, todos despertaron en la hacienda y alegres y festivos se preparaban para concurrir á la ceremonia del matrimonio, en el oratorio de la casa, solo él, hosco y sombrío, sentado en su aposento, se abrazaba con desesperación á su dolor como un hijo al cadáver de su madre.

En vano vino ella misma radiante de felicidad y de hermosura, á recordarle con fraternal cariño, que ya se aproximaba la hora de la ceremonia.

—Es necesario que vengas; hoy es el día más feliz de mi vida, y quiero que estén conmigo todos los que amo.

—¿Eres muy feliz?

—Sí, mucho.

—¿Y no sientes irte?

—¡Oh sí! Por mi madre.... y por tí, murmuró luego.

—Gracias, respondió con una sonrisa de desprecio y de cólera.

—¿Estás enfadado? ¿estás triste? dijo ella con ternura infinita, poniendo su mano sobre la frente del joven que la habia inclinado sobre la mesa.

Al contacto de aquella mano suavísima se extremeció.

—Déjame, déjame, exclamó retrocediendo y fijando en ella una mirada extraviada.

Todos sus deseos y sus venganzas de hombre estallaban en él.

—¿Si yo cerrarse esa puerta—se dijo para sí—si olvidándolo todo, yo la poseyese aquí, así violada y deshonrada, la tomaría aquel hombre?

Entonces la miró con extrañeza profunda y ante la mirada cándida y llorosa de ella, retrocedió espantado y temblando.

—¿Qué tienes? dijo ella, ¿estás enfermo?

—Déjame, déjame, volvió á decir el desgraciado, y dejándose caer sobre un sillón prorrumpió á llorar.

Todos los consuelos que una hermana amorosa puede

dar, todos se los brindó su compañera de infancia.

El secreto de su amor era inviolable. Permaneció en el fondo de su pecho. Nada dijo.

—¿Vendrás? dijo ella al despedirse, enjugándose las lágrimas.

—Sí.

Cuando la niña salió, cerró tras ella la puerta, y solo con su dolor, estuvo inmóvil, con la mirada fija de los ciegos y de las estatuas.

Allí, sobre el lecho estaba su ropa preparada por ella, á la cabecera de la cama, la virgen que ella misma había colocado allí, su retrato sobre una mesa....todo estaba perfumado de su persona y su recuerdo....

El ruido de la comitiva que atravesaba por el corredor lo sacó de su abstracción, y absorto, como fascinado, la vió á ella salir de la sala, vestida de blanco, coronada de azahares, dando el brazo ásu esposo y mirando con amante inquietud, esa puerta de donde esperaba ver salir al hermano de su alma.

Cuando todos estaban en el oratorio salió furtivamente, ensilló su caballo y cual si fuesen persiguiéndolo, atra-

vesó los collados y las arboledas y se perdió en las sinuosidades y sombras de la montaña.

IV

Entre tanto que los últimos convidados conversaban en la sala y sonaba el piano y los acordes de la música iban á perderse en la soledad de la noche y el misterio de los bosques cercanos, una sombra atravesaba los corredores de la casa y se ocultaba tras una de las altas columnas, lejos de los ruidos y la luz.

Cantaba el ruiseñor de las montañas algo como el epitalamio de las aves, cuando los esposos abandonaron la sala y se encaminaron furtivamente á su aposento.

Al pasar por el ancho corredor cerca á la sombra aquella apoyada en la columna, escuchóse la música de un beso y la joven desposada, caída sobre el hombro de su amado, pasó como una visión, cerca al dolor aquel que la miraba, sin escuchar el gemido ahogado que sonara en torno de ella.

¡Ay, que la felicidad es egoista!

Cuando reinó el silencio y el ángel del amor, con el dedo sobre los labios, quedó á la puerta del templo de Himeneo, el hombre que se ocultaba á la sombra de la columna, como una estatua que se apartase de un bajo relieve, como si se desprendiese de un zócalo, avanzó....

Nó por la puerta del corredor, y sí por la preparada adrede, entró al aposento.

Había adentro himno de lágrimas, rumor de besos.

Aquella música de pasión lo enloquecía.

Caminando en la sombra llegó á la orilla del lecho.

La respiración era anhelosa y las caricias repetidas.

Ebrio de pasión, tembló el hombre celoso.

El himno lo enardecía.

Si un rayo de luz hubiese habido adentro, habría brillado en la hoja del ancho puñal que levantó.

—Qué feliz soy;—dijo una voz de arrullo y de caricias.

Aquel acento, aquella voz querida, el eco de esa música soñada, despertando todo el poema del amor, hizo luz en el cerebro oscurecido y la idea del crimen escapóse fujitiva....

El puñal bajó silencioso como se había elevado.

Claudio volvió la espalda al lecho del amor y como un sonámbulo, caminó en la sombra. Viósele abandonar los aposentos y seguir silencioso las oscuras alamedas de naranjos, llenas de perfumes y sombras, misterio y poesía.

El sombrío soñador movía los labios y miraba el cielo.

Había una como transfiguración en su rostro. Parecía no sufrir ya. Caminaba como si llevase de brazo á su adorada y fuesen al altar de Himeneo.

Brillaban sobre su cabeza los astros, ajitaban su blonda cabellera las brisas perfumadas, rodaban las hojas á su paso y noctámbulo, extático, hundía su mirada inmóvil en la profunda sombra que había delante de él.

Perezoso arrastraba el río sus negras ondas sin rumores y oscuros remansos formaba á la sombra de los viejos sicomoros y las robustas encinas.

Brisas húmedas y frías vagaban en la ribera, extrañas fosforecencias habían en el bosque y la luna á través de los árboles formaba vagas claridades en la corriente negra.

El visionario desesperado llegó á la orilla, no se detuvo, avanzó y avanzó en él. Al fin perdió el terreno bajo sus plantas y sin murmurar una palabra, sin inclinar la cabeza, desapareció en la corriente.

Hundióse; remolinearon en torno las olas frias, desprendiéronse de los naranjos de la orilla azahares en flor, cantó el ruiseñor de la montaña, y titilaron las estrellas en el remanso del río.

LIBERTINO.

FUERA ruje el viento haciendo chirriar las veletas de los templos, doblegarse gimiendo los árboles rebeldes, arrullando con su ruido el sueño de los felices en su lecho de plumas y haciendo tiritar los tristes en su lecho de harapos.

Adentro, atmósfera distinta. Nido de amores voluptuosos. En torno de la mesa rostros risueños. La luz

haciendo visos de ópalo y nácar en la dispersa vajilla. Las flores como marchitándose en los grandes jarrones en aquella atmósfera en que todo era fuego, la luz y las pupilas, la sangre y el deseo La champaña desbordándose de los vasos, y el beso ardiente de los rojos labios. Los senos de hembras cuasi descubiertos, nidos de amor esperando ósculos viageros que vengan á posar allí. Música de risas, desmayado centelleo de pupilas, inquietud de manos amorosas. Cuaquiera habría dicho oyendo aquel susurro grupo de dioses antiguos en el follaje de un bosque.

No era cuadro de pastores y zagalas, Fray Luis de León no lo habría cantado.

Amor batía sus alas y retozaba allí, pero sobre el seno de Venus.

¿La Belleza? ¡oh sí? El perfil de Lucrecia y el seno de Mesalina.

Azules mariposas del pantano azucenas dobladas en el lodo; el polvo de oro caído de las alas embellece el agua fangosa; el perfume de cálices abiertos llena de aromas el aura mefítica.

Bella es la rubia aquella, blanca como la nieve de Tolima; su cabellera de gualda semeja corriente de oro en polvo sobre cauce de mármol, la pupila azul firmamento de pasión; el seno mar en tormenta; reclinada en los brazos de su amigo, que viste de frac, semeja sobre aquel fondo, estatua de ángel en pedestal de mármol negro; susurro tenue forma su voz de pasión languideciente y se le ve extremecerse con los besos como un junco del lago al contacto de la ola.

Color de noche el cabello y color de alba la frente, así es aquella otra. Sus pupilas se dirían diamantes negros, tánto así oscuros y brillantes son. Largas pestañas velan las pupilas en cuyo fondo juegan las tormentas. Lánguida como una virgen de la Biblia, esbelta como palma en la llanura, tiene de los fulgores de Sevilla y de los montes tristes de Circasia. Belleza hecha para un serrallo, todo en ella es pasión, toda ella es fuego. Entornados los párpados, entreabiertos los labios, tiembla de voluptuosidad en los brazos del mancebo, como garza en brazos del cazador que la ha quitado á la jauría. Con cuánta pasión le enlaza el brazo al cuello y buscando bajo el naciente

bozo el labio ardiente, se prende á él como un niño hambriento al pezón de la madre, como una abeja al entreabierto cáliz de una flor. Ondulaciones de tormenta tiene el pecho que se agita como vela hinchada por la brisa y hace temblar en él la inquieta mano de su amigo.

Sedienta cierva que llega jadeante á la fuente en el árido arenal y se sacia en ella.

Aquella tercera también es hermosa.

Nube de colera nubla su faz de estatua griega. El hastío está cerca de ella. El hombre que esa noche le ha tocado de compañero, ni es joven ni la besa con pasión. El amor de los hombres de edad, tiene el frío del crepúsculo en una tarde otoñal.

Los besos de aquel hombre pasaban sobre aquella frente como una ráfaga de aire sobre la cabeza de una estatua. Sus manos habían tocado las formas de la diosa con un placer de artista, no con una pasión de hombre.

El hombre, callado, meditaba.

Los dos grupos frente á él, le robaban la atención.

Los de aquel sofá azul, parecían un nido de palomas en la superficie de una ola.

Los otros, en un confi .ente rojo parecían como hundiéndose en una de esas nubes incendiadas que forma el sol poniente, como durmiéndose en un nido hecho de plumas de garzas rojas de las oríllas del Orinoco.

La mujer que había allí, lo tenía fascinado. Entornadas las pupilas, la contemplaba como en un sueño Él la habia visto en alguna parte ¿dónde? el recuerdo estaba envuelto en espesa sombra, tenía vaguedades y tristezas de horizontes lejanos! No había duda, él habia tenido aquella mujer entre sus brazos, aquellos ojos lo habían mirado así, tan cerca como miraban hoy á ese mancebo. La contemplaba entonces como un marino á un objeto sobre una playa remota.

El recuerdo la iba desnudando poco á poco. Arrancaba flores de su cabeza, joyas de su cuello, sedas y encajes de su cuerpo. La impudicia no la ofrecía desnuda. Trocóle la memoria aquel traje por uno de aldeana sencillísimo. Vióla entonces en el atrio de una iglesia, al salir de misa, con ojos azorados mirando la multitud. Pai-

sajes de campo alzaron entonces sus horizontes en la mente.

Allá, el llano cubierto de dehesas, la senda tortuosa que conduce á la colina, el bosquecillo de sauces, y en él, como escondida la pajiza choza.

La aldeana de los grandes ojos estaba allí.

Luego aquella tarde! Tintes anaranjados en el cielo. La sombra avanzando sobre la llanura verde como una ola perezosa. La quietud de la Naturaleza, la calma de la tarde, el silencio del campo.

La blanca vaca marchando adelante; el ternerillo juguetón saltando luego; el anciano perro, fiel compañero de la niña y ella triscando alegremente con un ramo de albahacas en la mano.

Luego, el sonrojo de ella en el súbito encuentro, el silencio que guardó, el miedo que expresaron sus pupilas, la ansiedad de náufrago con que veía la casa tan lejana, el miedo con que entró en el monte para atravesarlo....

Después la oscuridad de aquel follaje, la tarde huyendo, los tintes negros sobre el cielo, aquel follaje umbrío, aquel lecho de grama, la resistencia desesperada, el grito

de angustia y aquellos ojos indignados y llorosos que tan de cerca lo miraban....

—Rosa, Rosa, exclamó el hombre como si despertara.

—Qué me quereis? dijo la joven del sofá dejando su red de brazos y viniendo á él.

—¿Os llamais Rosa?

—Como mi madre, y la pecadora bajó los ojos comprendiendo la profanación de ese nombre allí.

De los labios del hombre se escapó el nombre de un pueblo; la joven lo repitió diciendo: ése es el mío.

—¡Veinte y dos años! dijo el hombre como si soñara.

—Los que tengo, repitió ella.

Nada más pudo decir, por que su compañero la arrebataba de nuevo.

Y volvió el poema interrumpido.

Sintió el hombre el ruido de los besos, como golpes en la sienes.

Y vió que las aves abandonaban el nido, y se perdían tras las cortinas del vecino aposento, y el murmullo de sus voces, como las luces, se apagaba....

Le pareció que una voz le decía:

—¡Tu hija! ¡tu hija! la profanan.

—Respetadla, quiso gritar.

—¿Respetaste la madre? le gritaba una extraña voz.

Entonces miró en su torno. La mujer que había estado á su lado dormía.

Los del nido azul no estaban allí.

Inmóvil estaba á la puerta de los del nido rojo.

Alzó la mano como para herir la puerta y pedir venganza.

Le pareció que el eco de una carcajada sonaba allí.

Bajó el brazo y la cabeza y se alejó tristemente.

Descendió la escalera y salió á la calle.

El hombre calvo parecía un fantasma.

La lluvia había cesado; el viento gemía aún como llorando su ausencia.

Parecióle que algo negro caminaba delante de él arrastrándose por el suelo.

Se detuvo: la sombra también.

Anduvo él: anduvo ella.

La examinó temblando.

Tenía los brazos negros y era una cruz. Flores del

campo, todas blancas, cubrían los piés del madero. Un nombre bruscamente grabado había allí: *Rosa.*

Llevóse el libertino la mano á la frente y dobló la rodilla.

Cuando volvió en sí, había amanecido. Asomaba el sol en el cielo, cantaban las aves, sonreía el mundo y había en torno suyo uno como inmenso rumor de epitalamio.

INVERNAL.

RA la carta que escribía á un alma que lo amaba bien.

El papel estaba amarillento; el soñador está muerto.

. . . . . .

"Aun te interesas por mí, alma generosa! ¡Noble amiga!

Bien venido tu recuerdo á abrazarme en mis noches de nostalgia.

¡Cuidado no te empañe el aliento de mis tristezas! El dolor es contagioso.

Así como en ciertos males físicos basta la respiración de un hombre enfermo para matar á uno sano, así en las enfermedades morales basta la corriente de tristeza que sale de una alma desesperada para enfermar á otra alma de dolor.

Dícesme que por amigo mío y muy querido has sabido mi enfermedad y el estado de mi ánimo. Consejos me da tu cariño y consuelos tu alma afectuosa. No creas, no, que la preocupación impere en mi ánimo, ni que como Chateaubriand, de quien me hablas, al principiar la vida me crea herido de muerte. Romanticismo! Enfermedad de otras edades y de otros hombres no entra en mí. Poetas desgreñados de torva mirada y cómico dolor no son mi tipo. Soñadores. Infecundo es el ensueño. Sólo la lucha es grande y engrandece. Byron en Misolongui, doblando la radiosa frente sobre el pecho de Grecia, como un sacerdote asesinado en el ara de un templo, paréceme más grande que en *Child-Harold* pulsando la lira, en Venecia cantando á Margarita, ó forjando la sombría figura de Manfredo en la fragua de la desesperación; Lamartine en la plaza pública conteniendo la multitud há-

llolo más ilustre que soñando sus *Meditaciones;* cantando en las riberas apacibles de Castellamare, besando á Graciela muerta y sosteniendo en sus brazos sin tocarla, la casta figura de Julia desmayada. Allí son hombres, más allá son poetas.

No temas, no, que el decaimiento invada mi alma; que sombrías visiones la pueblen y tema como el artista.

En un golpe de tos dejar la vida.

No me enamora esta muerte melancólica, como de un arpa que se rompe, de un canto que se extingue; muerte que semeja el pálido declinar de una tarde, el frío beso de Diana, en la húmeda gruta, sobre los labios de Endimión dormido.

Pláceme y sedúceme, sí, la muerte aquella que viene, suelta la cabellera, con mirada centelleante, flamígera espada, desgarrado manto, rugir de muchedumbres y rumor de catástrofes! Muerte indómita que besa frente de héroes rebeldes. Cayo Graco muerto bajo el pórtico y la multitud rugiendo en torno; Espartaco sagitario que cae bajo un diluvio de flechas; Cinegires mutilado agarrán-

dose á las naves; convite de Leonidas al banquete de Plutón; Ricaurte que da un puntapie á la vida; guante de Conradino al rostro del verdugo; estoicismo de Vergniaud; la mano al pecho y el *droit au cœur* de Ney; muertes sublimes! Cabezas indomables que se presentan desmelenadas al beso de la gloria! Así mueren los hombres; de cara al enemigo, quienquiera que él sea, ejército ó muchedumbre, rival ó déspota. Dulce muerte, en brazos de esa diosa trágica ornada de relámpagos sangrientos!

Catón que se suicida, Nerva que sucumbe, Bruto que se parte el corazón; son estoicos, pero no son heroicos. Tiene el patriotismo voluptuosidades como la carne; enervante es la voluptuosidad y no produce la grandeza. La agonía de esos patricios semeja la de Petronio, en su baño de perfumes, coronado de nardos, rodeado de cortesanas y discípulos que escuchaban como canto de cisne salir de sus labios *sus dáctilos de oro.*

No temas, pues, que esa melancolía enfermiza se apodere de mi corazón.

Tristeza, mucha tristeza que hay en mi alma!

Dolor, profundo dolor que me agobia! pero me envuelve como la sombra á la pálida estatua: siempre de pie.

La enfermedad y la nostalgia, sentadas á la cabecera de mi lecho, son sombríos compañeros. El invierno á la puerta de mi cuarto me hace centinela.

Ruge el viento, cae la nieve afuera, chisporrotea la llama adentro; he ahí los únicos rumores que llegan á mi oído, en *questo populoso deserto* en que vejeto.

Mis hermanos, mis amigos, todos los que me aman están lejos. . . .

En tanto, hay alguno que llega ya; lo siento avanzar por enmedio de la sombra; lo veo venir.

Hay que ponerse de pie, porque el enemigo llega: dormir es de imbéciles, huir es de cobardes. Afrenta para ambos!

Enemigo dije? pues dije mal.

Amigo y muy mi amigo que es el infortunio. Es mi viejo compañero. Seis lustros hace que me besó al nacer. Vílo al abrir los ojos á la orilla de mi cama y no me abandonó jamás.

Él jugueteó conmigo infante, me acompañó adoles-

cente, y joven se sienta á la cabecera de mi lecho.

Él prendió esta luz que brilla en mi cerebro: infortunio es esa luz.

Él hizo mi alma erguida y de pie: infortunio es la dignidad.

Él hizo de líneas rectas mi sér moral y le dió consistencia de roca y fortaleza de granito: infortunio es el carácter.

Él hizo fuertes mi cabeza y mis rodillas para que no se doblaran nunca ante los poderosos de la tierra: infortunio es la altivez.

Él me dijo: mira, y me mostró el cielo vacío arriba y los tronos volcados abajo, las deidades y los reyes con la cabeza en el polvo, rotas las diademas y aplastadas las coronas. No adorarás ni á los dioses ni á los hombres, me gritó al oído; y no los adoré: infortunio es tener un espíritu libre.

Él abrió ante mí los libros del pasado y los del presente, y me dijo: estudia. Y me abismé en su lectura.

Al separar los ojos de allí estaba triste y asombrado para siempre: infortunio es no ignorarlo todo.

Él me besó en la frente, y al fuego de su ósculo ardoroso, pálidas y tristes, ó voluptuosas y como enloquecidas, coro de vírgenes ó tropel de bacantes brotaron las visiones de mi mente: infortunio es la fantasía.

Él se prendió á mis labios como una amante lasciva, y á su contacto brotaron de ellos mis anatemas candentes, mis palabras indignadas, mis apóstrofes hirsutos y mi verbo tempestuoso á manera de torrente despeñado sobre el despotismo: infortunio es el apostolado.

Él se reclinó en mi pecho, como para sentir latir mi corazón, y entonces surgieron ligeros como blancas mariposas, exhuberantes como rosas salvajes de la montaña, puros y quejumbrosos como arroyuelos perdidos, afectos y cariño: infortunio es el sentimiento.

Él sacudió fuertemente mi naturaleza, y me dijo: ama! Y conocí el amor! Y escancié el licor envenenado, en áurea cincelada copa, sostenida por mano ebúrnea y ya endulzada por ardientes labios; lo bebí en el fango del arroyo público; y lo sorprendí para agotarlo en labios virginales no tocados todavía, puro como agua de manantial, como de nieve que se derrite y forma plácido arro-

yuelo en ignota soledad. Y en el fondo del placer hallé el hastío y en el fondo del amor el desengaño, y al fin de todo la implacable palabra : cieno, cieno ! Infortunio es el amor.

Él se inclinó á mi oido y me dijo grandes cosas, palabras sublimes de *patria* y *libertad*. Al eco de estos nombres, arraigados y poderosos como encina de la selva, ó roble del Carmelo ; sonoros y atronadores como cascada en el desierto ; puros é inagotables como los manantiales primitivos de la creación, brotaron en mi alma los sentimientos políticos : infortunio es el patriotismo.

Él me hizo oir en medio de la sombra el grito de Isaías indignado ; el hipo de Traseas moribundo ; el ruido del caballo de Kociusko ; la voz de Camilo Torres ; hizo que en las tinieblas me abrazara el alma de Botzaris, y me dijo : lucha por el derecho, y luché : infortunio es la lucha.

Él me habló de los héroes y del deber, y me dijo : ve, combate por la libertad, y fuí, y combatí : infortunio es el deber.

Él apagó tras de mí el sol de la patria, me mostró unas como dantescas sombras, que pálidas y tristes, llorando por esa patria se alejaban, y me dijo : son los proscrip-

tos, síguelos, y los seguí: infortunio es la proscripción.

Él llegó un día, más sañudo que nunca, se acercó al lecho de mi madre enferma, tomóla en sus brazos, llevóla lejos, muy lejos, hasta perderse en ignota sombra. . . . y volviendo hacia mí que lloraba, me dijo; ya no tienes madre! Infortunio es la orfandad, el más grande de todos!

Él se acercó un día á una jauría que atrahillada me gruñía, soltóle bozales y cadenas, afoeteóla, y los lebreles furiosos, pronunciando mi nombre en sus ahullidos, se abalanzaron sobre mí, y me mordieron mucho, mucho, hasta retirarse llevando cada uno pedazos de mis carnes. Eran mis enemigos, mis émulos: infortunio es la publicidad.

Él me condujo otro día por oculta vereda; estrecho, muy estrecho era el paso; escasa la luz, casi mortecina; solitario y como para emboscada el lugar; trabábanse las ramas y punzaban las espinas; súbitamente de tras añoso tronco surge asquerosa serpiente, abalánzase á mí, enróscase á mi cuerpo, como aquellas que devoraron á Laocoon, y muérdeme con fiereza: mírola en mi dolor, y la conozco en su color verdosa y su amarillo diente: era la envi-

dia, la cobarde envidia: infortunio es inspirarla.

Hoy este antiguo amigo, que tántas cosas ha hecho conmigo, me anuncia que vuelve, y son sus heraldos, la enfermedad y el aislamiento. No le volveré la espalda. Bien venido sea el viejo amigo. No habrá pa:a él cantares ni flores, que ningunos dejó el dolor; pero hallará serenidad en el rostro y calma imperturbable en el espíritu. Bien venido sea. Déme su triste abrazo el viejo amigo, y siéntese al calor de mi hogar. Y si viene con su hosca y tétrica esposa la Muerte, abrácenme ambos, y bien venidos sean.

Te parecen triste mi estilo y lúgubres mis ideas?

Ay! las hojas del aloe son amargas, como la savia del árbol que las nutre. La fuente de las lágrimas no es panal del monte Himeto.

Afuera todo tiene aspecto de muerte; semeja el cielo cúpula de tumba y el sol pálida lámpara á ella asida; los árboles sin hojas semejan esqueletos en pie; no hay un rumor en sus ramas, ni un pájaro, ni un nido; parece que la vida de la naturaleza ha huido y un inmenso sudario la envuelve.

Adentro hay también aridez y olor de muerte.

Mi alma envuelta está en sudario de tristeza. No hay hojas en el árbol de la ilusión, ni aves en el nido de la esperanza.

El invierno de mi alma se une al invierno de la naturaleza: las inclemencias se atraen. Beso de dos ráfagas heladas en el cristal de una ventana.

Y sin embargo, en este desamparo tengo un consuelo y un refugio.

—¿Cuál?

—Voy á hacerte una confidencia: tengo una querida!

—¿Cómo se llama?

—La soledad.

Vivo abrazado á ella; es amante como una madre, tierna como una esposa y fecunda como el vientre de Hécuba.

Me ha dado hijos bellísimos! Hay unos robustos, hermosos, temple de combatientes y actitud de gladiadodores; parecen arcángeles de las leyendas de Milton; nacen de pie y combatiendo, como los héroes de Troya: esos son mis pensamientos.

Hay otros que tienen perfume y palidez de lirios blan-

cos, brotan como azucenas enfermas, parecen la virgen aquella descrita por Palma: *hecha de rayos de luna y de gotas de rocío;* brillan melancólicos, como flores de nieve, y vuelan suavemente, como mariposas cansadas; parecen rayos de crepúsculo en una concha marina; luz de estrellas en vasos de alabastro, impalpables, bellos y vagos: son mis ensueños.

Así, entre esta turba inquieta y triste, parlera y melancólica, bulliciosa, jugueteando en el fecundo seno de su madre, me entretengo yo.

¿Hallas raros mis sueños? Será que hay en mi pensamiento algo de la fiebre de mi cuerpo.

El clima y la nostalgia, asesinos feroces! Matan como la fiebre: en medio de los sueños y el delirio.

La puñalada del frío es alevosa!

Empecé á escribirte con el cerebro y como una flor en cuyo seno se hincha la semilla, se abrió mi corazón. Ahí está manando sangre!

¿Le he dicho yo que haga eso?

No. Rebelde corazón!

Él es siempre tuyo."

¡SOÑADOR!

H la patria! Visión querida. Su recuerdo es una obsesión. No es siempre cariñoso el seno de la patria; madrasta más que madre suele ser, y sin embargo, cuánto se la ama! Como sierpe asquerosa en el boscaje, ándase por allí rastreando á veces la inconsolable envidia; ave de mal agüero y torvo mirar volotea deslumbrada la emulación; lebrel hambriento huélgase por ahí la calum-

nia andando sola, y sin embargo, aún así, ámase tánto, que déjase el elogio ageno y el rumor de extraña admiración para buscarla. Tristeza del Dante y amarguras de Ariosto, soledades y sueños de Kociusko, sublimes tristezas por la patria son! . . . Rayo de extraña gloria no consuela.

Solo y siempre solo, triste y siempre triste, ándase el hombre huérfano de la patria, por el sendero más estrecho, buscando la sombra más espesa para soñar ¿con quién? con la patria.

Hay rumor de admiración de extrañas y nobles multitudes en torno de su nombre, y el rumor llega al oído y no llega al corazón; conviértese el sudor de su frente y el pensamiento de su alma en oro y el oro se dilapida y no alegra; y el placer lejos de la patria es amargo y el cielo es siempre oscuro.

Y la patria mía es bella!....

Allá donde se alzan los montes á lo más alto del espacio y asoma el Tolima su cabeza formidable y se arrastra el Magdalena perezoso y el Tequendama hacè temblar las selvas, allá es mi patria.

Su miraje es el recuerdo del alma.

Se cierran los ojos y se piensa en ella!....

Allá los bosques profundos, las sierras ásperas, las montañas misteriosas, los indómitos torrentes, los arroyos murmurantes, los pájaros multicolores y el vuelo magestuoso de las águilas.

Allá el nativo valle, la casa abandonada, la soledad inmensa.

El río rumoroso allí, sombría la arboleda, silencioso el poblado y la tosca cruz extendiendo sus brazos sobre la tumba de la madre abandonada!

Duerme la mártir!

Duerme y espera acaso sentir un día en las arenas del sendero el paso conocido del hijo peregrino, que vendrá, blanco el cabello que era negro, cansada de la lucha el alma que era fuerte, á descansar allí sobre aquella alfombra de gramas y de flores, á sollozar en silencio y á contarle sus dolores. . . .

Madre mía! Patria mía!

* * *

La patria vista en sus cuadros y en sus cantos, evoca-

da por sus pintores y sus cantores, sus novelas y sus baladas.

¡Oh, á un lado mis viejos amigos extranjeros!

En esta momentánea proscripción, váyanse de mi mesa, en confusa amalgama, las trovas de Mistral, con olores de vendimia y rayos de sol de la Provenza; los poemas de Leconte de Lisle; los versos de Verlaine, con las trágicas narraciones de Jules Valles; los resplandores de Hugo; Louis Blanc, mi autor idolatrado; los sonetos ateos de Richepin y los *Esplendores de la fé* del abate Moigneau.

Bésense en el brutal encuentro José de Maistre con Rochefort y mézclense la evangélica propaganda de Tolstoi, áspera y fría, con el último poema de Anatole, lleno de poesía de la costa y rumores del Mediterráneo.

Abro á Jorge Isaacs. Escapase de sus páginas uno como olor á selva, escúchase el murmurar del Sabaletas y óyese el golpe del hacha del leñador en la montaña profunda.

Venga, tosco narrador Eugenio Díaz, y evoque y resucite escenas de pueblos cundinamarqueses y dolores de clases olvidadas.

Juan de Dios Restrepo, ese sol sin ocaso de la patria literatura, cuénteme antiguas costumbres y luchas genésicas del periodismo.

Venga David Guarin, con su burla que entristece, pintando las lontananzas melancólicas de la sabana, los paseos campestres, las serenatas de enamorados trovadores y el ruido de los mercados populares.

Como ramos de verbenas perfumadas, allí están los poetas antioqueños, los más nacionales de los poetas patrios, los que no han ido á buscar su inspiración en las torres góticas entre las nieblas del Rhin, ni llevado su musa en peregrinación tras las huellas de Víctor Hugo, ó esterilizándola en los modelos de esa poesía arcaica y decadente de las academias españolas.

Gutiérrez González, la grandeza en la sencillez; Epifanio Mejía, el loco sublime; Juan Cancio Tobon, todos con olor á selva, á patria.

Y allá, en la altiplanicie, las estrofas sencillas y tristes de Manuel de Jesús, hechas como para ser cantadas al sonido melancólico del tiple, al rayo de la luna en una noche estival.

Y las canciones tan sentimentales y tan armónicas de aquellos dos bardos soñadores y románticos, que tan pronto doblaron en el sepulcro sus frentes juveniles, llenas de pensamientos y creaciones: Manuel Medardo Espinoza y Ernesto León Gómez.

¿Son los más grandes de los poetas patrios? No.

Pero recuerdan tan bien la patria con sus creaciones melancólicas y tiernas, llenas de aires y rumores colombianos, que por eso son los más amados de los ausentes y los más queridos de los proscriptos.

Como inclinándose sobre un lago profundo se ve el cielo en el fondo. Así en las creaciones de estos bardos, se ve palpitar la imagen de la patria. Leyéndola se envuelve el alma en una atmósfera de recuerdos y se sueña con la patria.

Pensando en tánta sombra desvanecida, en tánto sueño disipado, en tánto bardo muerto, en tánto amigo ido, pienso en él, en aquel bardo salvaje, extraño y enfermizo, que acaba de morir ignorado, abatido y solo.... ¡Pobre amigo!

Soñador agreste y melancólico, cantor salvaje de días

nebulosos y montañas tristes, lira campesina pulsada en el silencio, pájaro armónico y bravío que cantó sobre la roca negra y dobló el cuello y calló viendo estrellarse las olas abajo, doblarse el árbol y nublarse el cielo. . . .

* * *

Fué el primer soñador que conocí.

Me parece que lo veo todavía sentado en la banca de la escuela, mientras el anciano maestro nos hacía gritar el catecismo ó nos explicaba el Fleury ; él con las manos en los bolsillos, abstraído, serio, mirando la pared con sus ojos garzos y tristes, inmensamente abiertos y fijos y deslumbrados como si mirara un sol.

Era dulce y serio, bravío y tierno. Parecía un pájaro del monte, rehacio á domesticarse.

No se inmutaba casi nunca.

El castigo lo sonrojaba, lloraba mucho, luego parecía olvidar su dolor, después abría sus grandes ojos llenos de lágrimas, y soñaba.

Sólo dos veces lo ví inmutarse.

Un día que el maestro castigaba con su habitual crueldad, un pobre pequeñuelo que gritaba mucho, él se le-

vantó de su asiento, fué hacia el maestro, le tomó la mano y le imploró piedad. La disciplina levantada cayó sobre sus espaldas y no se movió; continuó su súplica y cuando vió al niño salvo por ella, se volvió á su asiento: estaba sublime.

No se mezclaba nunca á nuestros juegos, no peleaba jamás; pero un día que en el recreo un muchacho tosco y fornido, con cuello de ternero y puños hercúleos, se lanzó sobre un niño más pequeño y lo abofeteó, él se lanzó á la defensa del pequeño, luchó con el otro, se fueron á tierra, se revolcaron, lo abofeteaba, lo mordía con furia de animal salvaje, y cuando ya vencedor, soberbio y serio se puso en pié, estaba radiante.

En la iglesia le deslumbraba la pompa, la magestad ostentosa, la parte idolátrica y brillante de la religión. El aspecto hierático, el lujo que el catolicismo conserva del paganismo romano de la decadencia, la ornamentación vistosa, todo eso seducía su imaginación de artista, y mientras los demás muchachos rezaban, él se extasiaba mirando las columnas de humo que del incensario subían al techo rojo y dorado del viejo templo de aldea, la cabe-

llera dorada de un ángel que dominaba el ábside, la blanca barba del Padre Eterno que asomaba su faz en el arco-toral, la cándida paloma mística en campo azul sobre el sagrario, y el reflejo que producían los alamares y lentejuelas de la casulla del cura.

Cuando íbamos á bañarnos al cercano río, mientras todos saltaban desnudos de piedra en piedra, sumergiéndose en la corriente pura y asordando el bosque con su ruído, él buscaba el sombrío más espeso, donde la linfa era más pura y el remanso más azul, y allí leía, ó pensaba fingiéndose dormido. Soñador adolescente ¿en qué soñaba?

* * *

Después de tres años de ausencia, regresando de la capital de la república, volví á verlo.

El también había salido de la aldea. Con intenciones de estudiar pedagogía había ido á la capital del Estado. La antigua y noble ciudad, con sus escudos de armas esculpidos aun medio rotos y profanados sobre los grandes portales; su arquitectura pesada, vetusta, sombría; sus templos góticos alzando al cielo las agujas de *sus altas*

torres que ilumina el sol; la sombría muchedumbre de sacerdotes mendicantes ó silenciosos; todo el aspecto severo y triste de la vieja capital lo había impresionado profundamente.

Burlado en sus aspiraciones, decaído de esperanza, enfermo ya, volvió más triste, más serio, más sombrío á su nativa roca.

Cuando fuí á visitarlo aquel día en la mezquina estancia en que vivía con sus padres, especie de nido de pájaros bravíos suspendido á la orilla del peñasco bajo la inclemencia de los vientos del páramo, y como inclinado sobre el salvaje estrepitoso torrente, me recibió con el cariño de siempre.

Había variado mucho. Era un joven campesino, alto, no fornido, con una hermosa cabeza de artista y la profunda y triste mirada de sus ojos garzos.

El estudio había sido su ocupación favorita.

La lectura de poetas, había sido su monomanía, lo cual había desarrollado su fantasía y predispuesto su imaginación al ensueño.

Me mostró mucho de lo que había escrito. En peque-

ños pedazos de papel amarillo, con su letra casi ilegible, había baladas admirables, rimas divinas, canciones llenas de sentimentalismo y que invitaban á llorar. Tenían aquellos versos una extraña sombra de tristeza que no he visto en ningunos otros. El medio ambiente estaba allí. No había canción al valle sonriente, á la floresta perfumada, al arroyo murmurador. Las trovas tenían un sonido de torrente despeñado en la hondonada oscura, una tristeza de cielo nebuloso, de ráfagas heladas, de flores muertas bajo la nieve, de cánticos de pájaro salvaje, sobre un álamo enfermo á la orilla de un precipicio....

Había allí una historia de amor que era un sueño. Fantasía vaga y triste como una balada escandinava; amor salvaje y casto, cantado de roca en roca en el páramo sombrío; citas bajo las grutas, cerca á los manantiales, entre los helechos húmedos. Pasión presentida y no vivida; anhelos de virginidad agreste; irrupción de sueños, que brotaban como bandadas de pájaros indómitos produciendo soberbias armonías. Las flores cantadas allí eran blancas y tristes como la flor del cactus, crecían entre las espadañas y juncos de los lagos y caían al venir

la noche sobre las alas de los ánades dormidos. La virgen de aquellas canciones se bañaba en esos lagos como una ondina; la coronaba el poeta de florecillas azules nacidas en la hendidura abrupta; venía como Diana en el rayo de la luna, y sus pupilas eran oscuras, como el manantial que brota bajo la roca negra.

Muchas de estas rimas logré arrancarle con intención de hacerlas publicar.

Después de tanto tiempo las conservo todavía y quedarán así. El bardo agreste no sufrirá los embates de los importadores de poesía y padres de la crítica.

Cuando en noches de soledad y de tristeza pienso en la patria, repaso estas hojas amarillas y creo aspirar perfumes de helechos blancos y me parece que soplan sobre mi frente los vientos de los páramos nativos.

* * *

La vez postrera que lo vi, éramos ya hombres formados; yo había venido á abrazar á mi madre y él venía á enterrar á la suya.

Lo acompañé hasta la salida del pueblo cuando regresaba á su hogar abandonado. Atravesamos silenciosos

la sola y triste calle del poblado. El sol al ocultarse producía un fulgor triste sobre los techos pajizos y los sauces y álamos se balanceaban lentamente. Llegados al puente en que termina el pueblo, nos dijimos adiós. Poco tiempo después dominó la pequeña altura, me saludó con el sombrero, se detuvo un momento y desapareció al fin en el declive, en el cual reinaba ya la sombra de aquella tarde moribunda.

* * *

Rugió la tempestad política y aventóme lejos.

Pasó la ola de fuego y arruinó el cortijo.

Pasó el ala de la muerte y se llevó al cantor!....

Volverá el peregrino, andaráse por el valle, allá donde florece la retama, cantan las tórtolas y perfuman los tomillos.

Y allá, en la ceja abrupta, en el páramo inclemente, el bardo agreste y nemoroso, no cantará ya las canciones de su extraña musa.

Talado está el cortijo, tupido el monte, sombría la selva....

De tarde, ábrense flores pálidas y extrañas; revienta

la ola murmurante contra la peña negra; canta una ave sobre el álamo mustio; óyense extraños rumores, y brillan las estrellas en el remanso azul sobre el nenufar blanco.

¡Pasa el poeta!....

ÍNDICE.

Páginas.

DEDICATORIA v

PRÓLOGO vii

¡ Tarde ! 1

¡ En el Mar ! 17

¡ Bajo los Árboles ! 23

Vengado 41

Emboscada 73

¡ Inolvidable ! 83

Superstición 95

Pasionales 109

Claudio 121

Libertino 139

Invernal 149

¡ Soñador ! 161

CASA EDITORIAL HISPANO-AMERICANA.

BESTON & CO.,

241-243 GREENWICH ST., NEW YORK.

OBRAS PUBLICADAS:

COPOS DE ESPUMA, por J. M. Vargas Vila,..... $ 0.75.
DIARIO DE UNA MUGER, por Octavio Feuillet,..... 0.30.

EN PREPARACION:

POESÍAS de Olegario V. Andrade.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER